

RAFAEL ALIZO

EL HORROR

7 RELATOS DE TERROR



EDITORES



EL HORROR

Rafael Alizo

Rafael Alizo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798850403966
Depósito Legal: ZU2023000190

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Antesala

No hay necesidad de monstruos para lograr el miedo. En algún momento, los presentes relatos podrían causar impresión por su contenido transgresor y pesimista, mismo que quiso reflejar Poe y Baudelaire en sus escritos, queriendo con todo su esfuerzo enseñarle al hombre promedio que un lado oscuro del mundo yace en sus narices. Que las situaciones más oníricas pueden de hecho ocurrir con frecuencia, en un remolino errático de aconteceres al azar, diseñados por el escritor que, con tan cruel pluma, da rienda suelta en llevar a sus propios personajes, sus creaciones, sus hijos, a las situaciones más descabelladas, donde solo una palabra puede describir el sentimiento que poseería cualquiera en sus posiciones: desesperación. Correr para salvar tu vida aunque no se pueda dar un paso más, o descubrir que toda tu existencia haya sido una mentira, son algunos de los conceptos que este pequeño libro ofrece, dejando al espectador un puesto cómodo de juez, jurado y verdugo; quien no tenga que vivir en carne propia aquello que transcurre en la trágica historia de seres imaginarios que tuvieron la desdicha de entrar en un mundo lleno de caos. Donde la muerte está a la vuelta de la esquina, lo surreal se vuelve el pan de cada día y que deja como recordatorio que en la más pequeña muestra de luz al final del túnel se puede encontrar las fauces de aquello que mata por placer de una manera casi romántica. Ese

ser que se encuentra en los pensamientos de odio, ira, maltrato, deseos sexuales salvajes o la sensación de acabar con algo hermoso. Aquello que se logra apreciar un segundo antes del inevitable final, cuando en nuestras mirada solo queda enfrentar **el horror**.

Algo

Un *algo* voraz estaba persiguiendo a un hombre en el bosque.

El hombre no entendía qué era este *algo* cuyo objetivo era darle muerte, solo entendía que debía correr para mantenerse a salvo.

Su aliento daba un tranco con cada paso que daba, y desprendía niebla fría por su boca, recordándole que sus huesos se estaban helando hasta las mismas raíces. La noche era oscura y llena de animalejos, algunos bastante grandes como para que el *algo* rapaz que demandaba la carne del hombre se entretuviera un poco. Pero lo quería específicamente a él.

Quizá fuese un animal, podía deducir el hombre, pero era más grande que un oso, más salvaje que un tigre y más peligroso que la picadura de una aguamala. Sin verlo, ya entendía que era una criatura jamás estudiada en la faz de la tierra, sin haber aparecido en la primera página de la *National Geographic* o siquiera un brevísimo momento en los programas de seres desconocidos que habitaban en los bosques pantanosos de América del Sur.

Cada paso se volvía un martirio, por desconocer dónde iba a terminar su pie; la luna era la única fuente de luz que se daba el lujo de tener, y no era el mejor lujo de todos. Los árboles, cómplices de la *bestia*, obnubilaban su visión, sin hacerle distinguir entre suelo, maleza, barro, hoyo o cerro.

La amenaza emitía sonidos guturales que el hombre no podía reconocer. No era un oso, ni un león; no era algún insecto gigante o incluso —por más surrealista que fuese—, no era un dinosaurio. A juzgar por la intensidad del rugido, la distancia y el eco, el hombre concluía que esta bestia podía medir más de tres metros, y que se encontraba a quince de él; un animal así en esos bosques era inconcebible, puesto que por su extenso tamaño y robustez, pudiera hacérsele bastante difícil el movimiento libre entre esos árboles. La aparición del hombre en estos escenarios también pudiera catalogarse como incongruente, e incluso como anacrónica, pero allí estaban, ambos en una situación que solo suponía un único ganador, y el de atrás llevaba ventaja.

Los pensamientos como ráfagas fugaces atisbaban la mente del pobre caballero que corría por su vida entre la maleza, recordando a su amada, a las mujeres que también amó anterior, a sus crías y a sus padres. Cuando eres perseguido por la muerte, te da mucho tiempo para pensar, por más escasos que sean los segundos que te otorga. El dolor de cabeza se entreveía por episodios, sintiéndose con ganas de gritar, aunque ahora no era buen momento para ello. Había estado corriendo un buen tiempo, y el cuerpo tarde o temprano le pasaría factura; esto se hacía notar con un breve pinchazo en su cien izquierda. Más bien era una suerte que no le hubiese dado un calambre o un dolor de piernas por el momento, por lo que un dolor de cabeza debía ser la menor de sus preocupaciones. La idea de esconderse en algún lugar estaba descar-

tada, puesto que ese *algo* no era la única bestia que acechaba en el lugar; la diferencia radicaba en que era la única que el hombre desconocía de rostro, mas sí en proximidad. La mordedura de una serpiente o el molesto batir de alas de los murciélagos para picar y buscar sangre era algo que le preocupaba si se mantenía estático, además, no se sentía lo bastante confiado en que esa cosa no lo encontrase si se escondiera en una cueva. Los sentidos de la bestia estarían bastante desarrollados, pudiendo olerlo a kilómetros de distancia, así que recargarse en un lugar no sería una idea brillante. Eso lo hacía sentir impotente.

A medida que avanzaba en línea recta, pensaba en lo que haría de poder salir de esa precaria situación: iría a su casa y abrazaría a su esposa y a sus hijos, pediría una semana libre en el trabajo —sin dar como excusa la onírica situación que estaba pasando— y se dedicaría a viajar a otra ciudad en una especie de pequeña vacación. En el ambiente urbano es imposible que una bestia llegase a darle muerte por sola maldad; en el peor de los casos, un asaltante desalmado, pero al saber que ese individuo era un hombre como él, la posibilidad se veía agradable.

Y en verdad era por sola maldad. Ya que él no le había provocado en ningún sentido, solo la vio mientras daba un paseo y de la nada estuvo corriendo para que no pasara una tragedia. Desde entonces, seguía en la misma tragicomedia.

La boca le sabía a óxido, no entendía cuándo se la había mordido o cortado con sus mismos dientes al

jadear. Pero no era de extrañarse que hubiera sucedido con el repique de los pasos que daba, los cuales no eran bastante suaves; si lograba salir de esa realidad, tendría que enfrentarse ahora a la de curar su adolorido cuerpo, estando en una condición tan precaria que el posar de una pluma en sus muslos pudiera desencadenar una oleada de pinchazos insoportables. La sola idea de estar en un recinto de sanación se le hacía bastante esperanzadora, quizá alguna enfermera le pudiera traer una revista que le hiciera disfrutar de su estancia allí; un desayuno servido a la cama no sonaba bastante mal. ¡Qué diablos! El solo hecho de estar en un lugar con buena iluminación era ya bastante tentador. Pero ahora, en ese justo momento, solo podía saborear su misma sangre, en un conjunto pastoso y seco con su saliva. Escupía sin intención ni maldad, dejando un hilillo infantil de baba a su alrededor; no tenía la fuerza para lanzar un bulto de saliva completamente y se arrepentía al segundo siguiente por perder líquidos vitales a propósito. Si no bebía algo pronto, su sangre serviría de bebida para el *algo*, si es que esta no se hubiera secado ya. La fatiga lo alcanzaba; estaba justo entre la bestia y él. Lo estaba rebasando poco a poco.

Las gotas de sudor su acomodaban con el aire helado de la noche en una especie de ironía rebuscada. *Sudar frío*, se dijo él, y esa frase lo hizo llevar a su infancia, donde el único momento en que tendría que caminar como desquiciado, era en el juego del toque. Si te tocaban, la tenías, por lo que debías tocar a otro

para librarte de ello. Si tan solo la bestia quisiera solo tocarlo para librarse de su mal. Pero el hombre sabía que el mal se llamaba *hambre* o *diversión* y él, en ambos casos, era la solución.

No podía evitar hacer ruido; las plantas, al igual que los árboles, eran cómplices de la bestia, crujiendo y farfullando para indicarle a su comensal que la cena estaba servida, solo que debía apurarse antes de que se enfriara.

Se apoyaba en los troncos de vez en cuando, y se pinchaba por el típico árbol con espinas. Hubo uno que le sacó un grito de terror, sintiendo cómo las pequeñas —y a veces microscópicas— agujas se enterraban en su piel desnuda, haciéndole manar más sangre. Se sentía como un muñeco de carne, tan frágil y débil a los golpes como una hoja de papel roja, del mismo rojo que tenía su mano en ese momento. Trató de sacárselas, pero en la oscuridad, solo podía incrustárselas más. Tuvo un pequeño juego —por qué no animar la situación con un poco de ejercicio mental—, contar cuantas espinas se había insertado en la mano, palmándolas con el pulgar. Terminó por contar más de diez, y de ellas, se logró sacar tres. Ya el apoyarse en un árbol no sería una opción, al menos de que fuese con el antebrazo, pero en ese caso, las espinas pudiesen terminar en una vena, y el rastro de fluido escarlata mantendría viva la llama del hambre de la bestia por más de cien kilómetros. Ahora el hombre caminaba con una mano hecha añicos. Solo rogaba que siguiera limitándose a la mano y no a otra parte del cuerpo, como los pies.

No sabía si sus mocasines pudieran soportar tanto viaje; el kilometraje estaba siendo rebasado en solo una noche, que era más de lo que había caminado en casi un mes. El reloj estaba roto, por lo que no tenía noción del tiempo, solo debía suponer cuánto tiempo llevaba entre paso y paso. Puso la mente en blanco y dijo: cada paso será medio segundo, por lo que comenzó:

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

Ocho segundos.

Dieciséis segundos.

Veintinueve segundos.

Cuatro minutos.

Quince minutos.

Al llegar a los cuarenta minutos —hazaña que no supo cómo consiguió— perdió la cuenta tan metódica que llevaba. Maldijo a todos los cielos, sabiendo que habría estado en esa situación por lo menos unas dos horas. Ya era para que el hombre promedio se atuviera al destino, se dejara caer, cerrase los ojos para jamás volverlos a abrir y sumirse en un sueño eterno. Pero era ese maldito instinto de supervivencia que no le permitía dejar de avanzar. La sensación de tener que seguir caminando sin importar lo que pasara, sin importar qué tan cerca estuviera ese *algo* diabólico detrás de él; no debía rendirse, su cuerpo no lo permitiría, a pesar de que su mente hubiera muerto hacía mucho tiempo. Ya no podía soportarlo más,

era un cruel milagro que estuviera aguantando tanto tiempo sin que ese día hubiera almorzado, y el último líquido que se bebió fuera una cerveza. En un punto no tuvo miedo de dar pequeños saltos, mientras que un líquido pesado se escurría entre los pantalones caqui, manchándolos vulgarmente en la entrepierna. Sintió un alivio momentáneo, remembrando espontáneamente algunos pasajes infantiles, cuando la vida se limitaba exclusivamente a mearse en el pañal y a que te dieran las compotas de frutas a la hora. Se sentía como un bebé siendo perseguido por lo inhóspito y peligroso de la vida adulta; los impuestos, el compromiso, la convivencia social, todo el modelo contemporáneo que haría asustar a cualquiera hasta el punto de dejarse caer y sucumbir ante la presión, en este caso, un *algo*.

Si solo hubiera alguna forma de alejarse del *algo* que lo perseguía con tanto ahínco, como una piedra siendo lanzada en otra dirección o un animal oportuno que estuviera en la vía, sirviendo de señuelo o desviación, atrayendo la atención del ser maligno y que así dejara al hombre en paz. Rogaba para que otra de las criaturas del señor se interpusiese; de todas formas, ellas encuentran el final de una vida al doblar cada árbol, una menos no haría la diferencia. En un punto deseó que un atún gigante apareciera, a lo mejor a la criatura le gustase el atún, pero el hombre solo se engañaba, sintiendo cómo su estómago lanzaba sendos gritos, llegando a compararse con los del ser. Sus tripas estaban vacías, y necesitaba llenarlas de alguna manera.

Habrían frutas en las copas de los árboles, claro, pero cómo pudiera él, un ser tan inferior, alcanzar las frutas más altas. A pesar de ser la especie dominante, no se sentía como un guerrero en ese momento. No podía escalar los árboles, la bestia a lo mejor podía, incluso pensaba en saltar por el primer barranco que se le atravesara, pero tampoco estaba seguro de que la bestia pudiese o no volar. En ese caso, su perdición estaba implícita desde el mismo momento en que giró la cabeza para dar arranque a una maratón que había durado más de dos horas.

Un hoyo malintencionado atrapó su pie, contorsionándose. Se apoyó en el barro, que a su vez empujó un poco las espinas de su mano, sintiéndose llegar a los nervios. La respiración de la bestia se escuchaba más cercana. El hombre logró alzarse, sin saber cómo; la luna le dejó entrever cómo una rama de un amarillo brillante le había ayudado, sin saber que era una serpiente enorme; fue una suerte que el caer en el pocillo le hubiera dado un respiro suficiente como para poder ahora tener un impulso extra en el correr. Pero a qué costo, si la bestia estaba ahora a escasos metros de él.

Cometió el error de voltear la mirada ciento ochenta grados, y lo que vio no lo llenó de ánimos.

Unos ojos rojos, y profundos, como dos orificios sin alma bañados en un espectro vinotinto lo miraban fijamente, cubiertos de un aura negra, que llegaba hasta las copas de los árboles. Una figura negruzca, sin fondo, que no dejaba ver nada a su alrededor se alza-

ba amenazante ante él. Fue cuando se exigió correr como alma que se la lleva el diablo, sin sospechar que pronto, el dicho pudiera ser literal. Todo esto tuvo lugar en un intervalo de segundo y medio.

Cerró los ojos y se dejó llevar, comenzando a sentir los calambres en los costados de su estómago. Lo creía imposible, pero de tanto esforzar el torso, pensaba que se le había roto una costilla. Pero seguía en pie. Llegó a cojear por poco tiempo, pero con cada saltillo, agarraba impulso, y eso sería más que suficiente para un segundo aire.

Ahora era cuestión de suerte, no tropezar con algún árbol pudiera ser su principal objetivo, pero el no caerse también. Seguía pensando en la respiración jadeante que compartía con la bestia; lo único que tenían en común.

Escuchó un nuevo crujir, pero no el de las ramas, sino del pie que cae en una zanja tras un paso en falso. Su suerte no podía mejorar. Una breve ventisca le proveyó la suficiente inhalación para ignorar el dolor, la bestia aún no llegaba, pero estaba a solo un par de metros. Por desesperación, el hombre realizó sin pensarlo, un acto que le salvó la vida, al menos unos segundos. Tiró de su meñique lo más que pudo con su boca y arrancó un pedazo considerable de dedo para lanzarlo hacia atrás. De alguna forma el dolor tan radical fue mitigado por el impulso de adrenalina. Él no reparaba en una vida sin meñique, solo tenía mente para seguir con esa vida. Esto le gustó a la bestia. Se entretuvo lo suficiente como

para que el hombre virara brusco su trayecto hacia la derecha, ya que curiosamente, de ese lado venía una brisa fresca, significando dos cosas: una planicie donde no pudiera esconderse y aceptar su destino o una ciudad o pueblo que le serviría de refugio, eso o que la bestia los mate a todos —al menos él no estaría solo en muerte.

Su andar era bastante cómico para un tercero quien lo viese, puesto que juntaba sus manos en una pequeña cuña, evitando que la sangre se desprendiera a chorro limpio. Y muy a pesar del dolor que estuvo pasando a raíz de ello, vaciló al pensar volver a usar esta táctica desesperada, un milagro tendría que ocurrir para salir bien parado, y sea quien sea el que le haya puesto ese milagro venidero, tenía un sentido del humor bastante retorcido.

Paró en seco.

De la nada, el hombre estaba al borde de un precipicio, de un acantilado, con nada más que agua al horizonte, como si hubiera llegado al borde del país, hasta la costa. A lo lejos, no se divisaban luces, lo cual no señalaba nada de esperanzas, y entre jadeos, supo que solo había una opción: entregarse a las fauces del padre océano, y encontrar su salvación en un choque de rocas para luego dejarse llevar por la corriente del mar oscuro.

Ese *algo* feroz ya estaba detrás de él, y de súbito, paró. Tomando todas sus fuerzas, el hombre volteó la mirada una última vez, para lanzarle improperios a rienda suelta, pero lo que vio lo dejó perplejo. Allí estaba

estática, la bestia no hacía más que observarlo, y él a ella, notando su figura sin bordes, desprendiendo el aura negruzca, más negra que la noche misma, y con un solo gesto, ya todo estaba sobreentendido.

No hubo necesidad de conflicto, ni de hambre, eso no era lo que apremiaba, era el simple hecho de cazar, de ver a su víctima en la desesperación y al borde de la locura lo que excitaba a la bestia. Al alcanzar el borde, la partida había terminado. El hombre lloró, suplicando misericordia, pero su acompañante lo negaba.

Tomó un último respiro y dio un paso hacia el abismo, con una última frase que lo haría ganar la partida, seguida de una risa triunfal.

Gané.

Visión de Marcus Cassidy en la silla eléctrica

Acto de presencia

Lugar, Illinois

Julio, 1945

Hora, 18:24

Sujeto, Marcus Alexander Cassidy

Delito: Asesinato en primer y segundo grado, violación, infanticidio.

—¿De cuánto tiempo dispongo antes de que me apliquen el pinchazo?

—No, Marcus, no será pinchazo, creo que ya te lo habían dicho.

—Cierto, se me había olvidado.

—Fuera de eso, dispones de dos horas, luego te darán el apagón.

—Vaya nombre que le dieron a la silla esa del condenado dentista.

—No fue mía la idea.

—Lo sé. Pero, a que hubiese quedado buena la idea ¿No?

Marcus caminaba desde el cuadrado que había sido su hogar por tres semanas llenas de revoltijos legales, pasando por un pasillo que a mí se me hace interminable en el caso de estar en su posición; debo admitir que nos hemos conocido muy bien a pesar de la

unión tan brusca que se nos impuso tener. Viaja con una sonrisa en el rostro, logrando que su condición se me haga más irónica; apuesto que ninguna de sus víctimas sonrió así. No. Él no parece el tipo que engaña a mujeres inocentes para una noche de pasión, y sin embargo lo hacía. Hay cierto carisma que lo envuelve, carisma hipnótico que nunca le he visto a los sujetos de este infierno, y eso que he visto lo mejor de lo peor. Sus crímenes son diversos, y luego se citarán, pero mientras tanto, un sujeto al que nadie se imagina que pudiese matar a un ruiñón, camina dando sus últimos pasos en este mundo con suma parsimonia, la misma con la que desgarraba la piel inocente para satisfacer su sed de... ¿sangre? No creo, debe haber un motivo por el cual alguien se impondría semejante destino a sabiendas del futuro que le espera.

Siento que él es consciente de que esta será su última noche, y no siente nada al respecto.

—¿Por qué me preguntaste lo del tiempo que te quedaba?

—Nunca he sido una persona muy habladora, pero en mis últimas horas quisiera dedicar unas palabras a mi audiencia.

—No creo que seas el cuentacuentos más solicitado del mundo.

—Y *los niños* jamás creyeron que un amigo adulto podía ser malo.

Un fuerte sentimiento de indignación me otorga el impulso de partirle la mandíbula, e incluso lo considero, pues solo estamos él y yo en el pasillo de la

muerte; nadie observaría nada, pero es algo que él quiere, y no me quiero rebajar a su nivel. Montarles conversaciones a los niños para luego llevárselos a quién sabe dónde a hacerles quién sabe qué... eso es bajo y ruin; quise omitir esa parte entre su expediente, no tengo el estómago para leerlo o ver las fotografías. Es increíble cómo puede hacer alusión a sus víctimas en un momento como este. Puede pensar *qué más da, de igual manera me voy esta noche, por lo que puedo molestar un poco mientras las moscas no me encuentren apetecible todavía*. Y sin embargo, a varios les apenaría tener que estar frente a un grupo de personas solo por el hecho de golpear a alguien. Él no, al parecer. —Muy pronto sabrás el porqué de mi ayuno ante la última cena.

La rata lo dice tan tranquilo, pero es cierto, omitió su último bocado, los encargados supusieron que era algo por lo que no se les daría el lujo de molestarse. Si el sujeto en cuestión no quiere puré y galletas, pues no se lo den.

Llegando hasta el cuarto, podemos tener un pintoresco paisaje, un panel de vidrio que alberga en un cuarto contiguo a unos seres cuya participación en la historia es prescindible; en medio del cuarto donde estaremos nosotros durante nuestro acto letal está el sacerdote local, un oficial encargado de bajar cierta palanca colocada convenientemente detrás del objeto protagonista de toda la algarabía y una silla con un casco de ciencia ficción que planea llevarte al más allá no sin antes darte tus últimas cosquillas. El ambiente

estaba por igual húmedo y seco, un oxímoron alucinante que hacía que todo se sintiera particularmente incómodo esta vez.

Se comienzan a decir las referencias y cargos de los que Mark es acusado, cosa que ya todos sabíamos; sabe Dios que conocemos cada horrible detalle. Es al momento de decir las oraciones y lecturas de la Biblia cuando noto por primera vez a Mark legítimamente incómodo.

—¿No crees que nos pudiésemos saltar esta parte?
—me susurra con una voz que apenas sí logro escuchar—. Me hace sentir estreñado.

Lo ignoro.

Cuando se terminan las palabras, lo sentamos en la silla, le atamos las manos y lo ponemos en posición. Cosa ya rutinaria en este pabellón. Él observa todo el proceso como si estuviera aprendiendo para un examen, esculcando con especial atención a los espectadores de la función. Desde este punto, ya no hay vuelta atrás; se afeita su cabellera oscura, la cual pasó gran parte de su vida con gomina en un peinado de moda, perfectamente acicalado; en algún momento del futuro, ese cabello pudo haber sido blanco como la nieve, que es algo que todos anhelamos. Es allí cuando Mark habla por vez primera.

—Antes de irme, quisiera dar unas últimas palabras
—dijo al verdugo con un tono pastoso, casi indiferente, como si no se diera cuenta de la posición en la que está.

Todos se quedaron atónitos, petrificados, el único

que se movía era uno de los señores detrás del cristal, un hombrecito cuyo sombrero le quedaba un poco grande, y que sabía manejar muy bien el lápiz, anotando en un libreta tan pequeña como él todo lo que ocurría. *Reportero*, pensé yo, era muy común el verlos en cosas como esta, queriendo que algo resaltante sucediera, y pudiera ser que esa noche fuese a pasar. Ese desgraciado tendría el mejor bono del mes y la historia del año.

—Le había preguntado a mi amigo Johnny cuánto tiempo contaba antes de reunirme con Crissie y Nora —nombre de dos de sus víctimas más famosas, quienes aparecieron en los titulares como consecuencias de una *carnicería humana*, como la describieron después—, me dijo hace quince minutos que disponía de dos horas, luego vino toda la palabrería religiosa, formal y legal, y ahora solo tengo, ¿cuánto? ¿Media hora, cuarenta y cinco minutos? Bueno, quiero que estos últimos minutos sean provechosos para dejar constancia de unas cosas. ¿Qué dicen? Tengan en cuenta que su servidor accedió a rehusar su última comida por este momento. Déjenlo como mi última voluntad.

—Sabes tan bien como que mi nombre no es John que el saltarse la comida no te iba a dar más ni menos tiempo. Lo considero con mis superiores y te doy un veredicto —dije.

—Esplendido, camarada. Vaya haga lo que tenga que hacer, recuerde, no es de vida o muerte —dijo esto con una sonrisa sin malicia, como tratando de alcanzar una paz infinita.

...

—Lo he conversado bien, dejaremos que hables, pero si notamos algo extraño, de que quieras zafarte de esto o que solo tratas de ganar tiempo, encendemos la chispa.

—Me halaga que piensen que incluso estando así piensen que puedo escapar. No, Johnny, yo estoy claro desde hace mucho. No esperaríá menos. Igual, solo necesito de unos minutos de su tiempo. ¡Eh, tú! ¡El hombrequito del periódico, más te vale anotar esto muy bien, no quiero malentendidos! —comentó riendo, el hombrechillo estaba helado, pero escribiendo a velocidad luz.

—Bien. ¿Por dónde comenzar una historia que seguro será tu última narración? No es fácil, antes que nada, quiero agradecerles el acto de presencia, no tengo ya a nadie para que escuche alguna confesión o rencor oculto que le tenía, por el contrario, soy un libro abierto en muchos sentidos. Supongo que el hecho de hacer lo que hice fue por tener una infancia de mierda, pero díganme quién no la ha tenido hoy día; mi padre era un vago que más bien nos ayudó mucho al irse cuando todavía yo no tenía mentalidad de recordarlo. Mi madre hizo lo que podía hacer para sacarnos adelante a mi hermano German y a mí, aquí entre nos, colocarle a un niño ese nombre en esta época no iba a ser una elección del todo afortunada. Fueron diez largos y aburridos años de existencia, pero no los aburriré contando mi transición al mun-

do que ustedes llaman *criminal*. No creo poseer las dotes narrativas que puedan engatusarlos a que me liberen, pero no haré que se vayan con las mentes vacías tampoco. Hice lo que hice por una razón, y es una razón que hasta la fecha desconozco. La primera vez que hice algo así fue un... no sé qué de tal año, pero sé que fue un marzo, no recuerdo si estaba en primaria o secundaria, solo sé que al que maté fue a un niño de más o menos mi edad —el público, al escuchar semejante declaración empezó a conversar entre sí. El hecho de que dijera a la ligera que había cometido un asesinato a tan corta edad helaba la sangre, pero era solo un abreboca de lo que vendría después. Además, no teníamos constancia de ese crimen, habíamos contado en su haber quince mujeres y tres niños, pero ninguno hacía referencia a esta anécdota. Bien pudiera ser mentira, pero de no ser así, solo era el principio de algo cada vez más retorcido; no sabríamos qué esperar—, molestaba mucho a mi hermano, y me lo encontré cerca del río de mi pueblo natal, estábamos jugando por allí cuando en un acto de deliberada imprudencia metí mi pie para que se cayera desde el borde de un pequeño riachuelo; creo que fue el acto del destino el que hizo que al pequeño se le rompiera el cuello. Fue un muy conveniente, de hecho —la forma en que lo contaba tan relajadamente hizo que una señora se llevara una mano pálida a la boca—, y así tan simple se puede crear una vida llena de docenas de asesinatos, curioso —muchos se miraron la cara cuchicheando, y es que temi-

mos lo peor, que este desalmado estaba a punto de lanzarnos una confesión multitudinaria de víctimas sin registrar; ya en este punto captó nuestra atención, y tuvo que jugar con el registro para que fuésemos anotando cuantos casos tuvo a su merced. Ahora un oficial se le tuvo que incorporar al hombrecito periodista en la redacción—. Ahora veo que capturé a mi audiencia, jejeje, a lo mejor estarán por pensar algo, que este sujeto lo está inventando todo, pues eso lo dejaré a su criterio, puede que en el transcurso de esto dé pistas. Pero no quiero que eso se vuelva muy cliché para mis camaradas que pronto estarán en esta misma posición. Continúo. Esa noche, la noche del asesinato en el río, tuve quizá la peor noche de mi vida, por suerte, fue la peor por mucho tiempo, hasta ahora —con eso, el pequeño bastardo nos quería lanzar el hecho de que no fue sino hasta el momento de tener que entrar a ese cuarto que podía seguir diciendo que durante toda su vida se había salido con la suya—. Escuchaba en la sala cómo todos los vecinos estaban marchando concentrados en buscar al niño desaparecido por el río, aun cuando sus amiguitos “estaban con él y lo dejaron de ver hacía varias horas”. Si bien yo estaba escuchando todo, lo hacía desde el baño, me dio un retorcijón de tripas terrible, vomité diría yo que hasta la primera papilla que comí; hubo un punto en el que creí que vomitaría sangre, menos mal no fue así. Me fui a la cama temprano, con estreñimientos que se marcharon solo para darle paso a pesadillas terribles con la cara del niño en

cuestión. Bobby, le decían, ya me acordé, Bobby Newman, un judío que le gustaba hacer tratos con otros niños ingenuos para ganarse su dinero. En retrospectiva, se lo merecía, de haberlo dejado hubiese parado a ser ladrón, estafador, o peor aún, político, fusión de las anteriores —a pesar de que lo dijo sonriendo, no causó nada de risa a unos cuantos dirigentes que se hallaban entre el público, lo comenzaron a ver con desprecio a la par que él continuaba—. Público difícil. A la mañana siguiente desperté con un golpe en la psique, yo estaba vivo, eso fue lo que pude notar, y vaya que estaba vivo. En el trayecto hacia el colegio pude reflexionar mucho sobre lo que acababa de hacer, y para el final del día me creía un dios, o más que él —esto incomodó al sacerdote quien intentó hablar, pero rápidamente fue atajado por Marcus, alegando que él no había interrumpido *sus* fábulas—. Me creía más, ya que no tuve que proporcionar una vida, solo quitarla, por lo que me podía saltar eso de la creación y pasar directamente a la aniquilación *que nuestro único y benevolente dios lanzará contra nosotros en un futuro* —miraba al sacerdote como si le estuviera diciendo una verdad incómoda—; y todo sucedió conmigo quedando impune. Para cuando encontraron al cadáver del niño, ya todo estaba en el recuerdo de muchos. Sabrán que no soy muy fanático de la religión —miró de reojo al sacerdote, quien se mostraba un poco turbado, pero firme en su postura—, por lo que las consecuencias morales y religiosas no interferían del todo en mi pensamiento, eso

hizo que mi tarea fuese un poco más fácil. Digo tarea porque me impuse que de ahora en adelante, cualquiera que se metiera en mi camino, iba a ser eliminado. Lo cual es excesivamente irónico porque a colación, este niño nunca me hizo nada físico, lo más cercano fue a mi hermano y a los niños de la cuadra, pero solo hasta allí queda mi aversión. Luego de eso me salto un par de años tranquilos, en la universidad perdí todo sentimiento hacia el amor, mis colegas siempre llegaban diciendo un montón de pestes de que sus novias los habían engañado y que esto y que aquello, y a pesar de que me aguanté sus burlas por cuatro años diciendo que yo dudaba de mi sexualidad, pasé todo este periodo sin pareja, y así fue. Pude sentir el *placer* —intentó usar comillas a pesar de sus manos aseguradas a la silla— de hacer el amor, aunque no como ustedes piensan —sabía lo que iba a comentar. Todos sabían lo que iba a comentar. Nadie quería escuchar lo que quería comentar. Traté de que mis superiores dieran su brazo a torcer y que se accionara la máquina, pero el maldito registro me lo impedía; diría que había violado a tres de sus víctimas, pero considerando la situación, teníamos que aguantar—, sí, hice la palabra con V, se lo hice a varias mujeres, pero en mi defensa, ellas se lo buscaron. Andar en bares a las dos de la mañana, montando conversa con un completo desconocido, más bien ellas tenían que buscar mi perdón. La primera vez fue Crissie, nunca supe si su verdadero nombre era siquiera Crissie, ni me lo digan que ya no me importa,

estoy seguro de que ya la identificaron. No suelo leer los diarios donde seguramente apareció en la portada. Ella ponía muchos límites, aún para ser mi primera vez. Para ese entonces ya había cometido diez defunciones, pero nunca me había pasado por la cabeza el tener que usar otra parte de mi cuerpo para matar, o por lo menos causar dolor. Porque quiero que entiendan algo, tuve la decencia de hacer que todos mis invitados se fueran de la manera más rápida e indolora posible, aunque eso no cambia el hecho de que esté aquí. A veces se pierde, y otras se pierde más. Como sea, Crissie me ponía muchos peros, y mi excitación inicial fue pasando a un plano más violento. Ella era virgen, y todo el mundo sabe cómo son las vírgenes; para abreviar el cuento, simplemente diré que fui con todo, ella gritó, claro está, pero el lugar donde vivía no tenía los vecinos más atento del mundo; en mi arranque de excitación le partí el cuello, pero no sin antes darle una salida de reputísima madre. La segunda ya la conocen, aunque no fue lo suficientemente especial; ya para la tercera le agarré asco al asunto. Lamento si esta historia está llena de ántes y despueses, es solo que tengo tanto que contar y no tengo todo el tiempo del mundo, jeje. Con los niños, pues, fue algo un poco vacío —todos tratábamos de asimilar lo mejor posible los cuentos anteriores, solo para que luego nos llegara con esto—. Los niños de ahora son muy calmados, básicamente les decía *ven* y ellos venían, no tenía que ofrecerles algo ni nada. Lo dejé porque también sentí que era muy

fácil. ¿Disculpen, cuántos niños es que tengo en el registro? —le respondimos que tres, a lo que este rio—. Lo siento, disculpen, pero es que eso discrepa mucho de la realidad —no hubo sonido alguno en las dos salas, lo único que se escuchó fue la respiración de la mujer pálida que estaba a punto de pasar al llanto y la leve risa de Marcus. Incluso el hombrecillo del periódico paró de escribir, tenía una cara de espanto por la respuesta que estaba por acercarse que pareciera que él sentía que estaba en peligro. Sea lo que sea que fuese a llegar, él podría memorizarlo al pie de la letra hasta el final de sus días... igual que el resto de los presentes—, en realidad fueron ocho niños —todos nos llevamos las manos a la boca, dos individuos empezaron a lagrimear, una mujer dejó la sala, y al notar esto, Marcus se recargó—. Nah, mentira, lo siento, tiendo a gastar bromas de muy mal gusto... fueron quince —su expresión se tornó más seria. Nadie podía creer lo que en verdad se escuchaba, todos se levantaron de sus asientos, cada presente gritaba, excepto el periodista que anotaba todo como un rayo; gritaban que tenía que morir ahora de la manera más atroz posible, que una silla no significaba nada. En algún lugar se escuchó que tenían que volver las máquinas de tortura de la antigüedad. Marcus solo tenía una cara de satisfacción enorme que le cambiaba el rictus como al de un niño a punto de tomar su foto en el anuario escolar—. Pero relájense, solo *lo hice* con uno —todos callaron, en serio fue una broma de mal gusto, el guardia que se suponía iba a

ser de verdugo se acercó hacia él y le dio un puñetazo que luego me sorprendió que no hiciera que Marcus cayera inconsciente, y la silla con él; esto causó que los miembros testigos lanzaran gritos de victoria, siendo acallados por uno de los funcionarios políticos, que dijo que en vez de eso tenían que acabar de una vez, que ya no importaba lo que hizo, sino lo que iba a pasar justo ahora. Trató de reincorporarse, esta vez con un hilillo de sangre manando desde su nariz, la que ahora estaba rota. Aparté al verdugo, rogándole que mantuviera la compostura—. Este dolor no valdrá de nada, ¿saben por qué? Porque lo peor está por comenzar —la mirada de Marcus cambió, eso lo noté en seguida. Antes, se había mostrado risueño por toda la conmoción que había logrado, pero esta vez su cara se puso seria, botando sangre por la boca, bañando sus dientes perfectamente rectos en una cascada escarlata; sus cejas bajaban para darle un aire de vampiro amenazante—, el niño al que tuve la bondad de cambiar su mundo no fue el peor destino que su servidor tuvo la dicha de administrar. Ese infante hoy en día debe estar haciendo su tarea del colegio, pensando en que el sacar la basura supone una tarea más horrible que el recuerdo que cierto personaje le dejó un invierno, invitándolo a su cama acogedora; a la mañana siguiente, su amigo, ahora íntimo, lo acompañó hasta su casa, para luego marcharse, pero no sin antes besarle la frente. El niño hasta la fecha piensa que fue besado por un ángel —la gente guardaba silencio. Este era un lado de Marcus que no había visto

en las semanas que nos llevábamos conociendo. Yo mismo temí por mi hijo, y mi hija que estaba en camino a este mundo, temí por mi esposa, e incluso temí por mí al estar en la misma habitación que este monstruo—. ¡Así es, puede ser su propio hijo, gente! El suyo, el suyo o quizá el suyo. Me atrevo a decir que hasta la fecha esa personita vivirá feliz sin saber lo que pasó. ¿Y por qué lo hice? Jejejeje, digamos que fue un acto de buena voluntad causado por la celebración más importante del año —comenzó a silbar un villancico de forma macabra. No había palabras para describir el odio que este sujeto estaba ganando ante su público improvisado, personas a la que solo había visto una vez en su vida y que de seguro les dejaría un mal recuerdo. Ya a este punto los encargados estaban considerando el accionar la silla, pero tenían que conseguir toda la información posible antes de que fuese muy tarde; dentro de mí, quería que el relato terminara ya—. Lo siento, pero no les puedo decir el nombre del niño, porque nunca lo supe, no quería saberlo. Sabía que este día llegaría y que no podrían jamás sacarme esto de la boca. Si quieres fortachón, golpéame otra vez, siento mi canino flojo por tu culpa, ven y termina el trabajo —un colega y yo tuvimos que agarrar al verdugo para que no lo dejara viendo nubes antes de tiempo. Marcus hizo silencio—. Es allí cuando me alejé del mundo infantil, tomó un poco de tiempo el saber que eso no me llenaba, era como matar a solo media persona —este sujeto está hablando de matar y aniquilar a alguien

como si de un juego de mesa se tratase, creo que eso es lo que da más miedo del asunto—, es entonces cuando conocí a Liz. Dulce y suave Liz —esto me causó un vuelco mental. Había leído la historia de vida de Marcus antes, y no tenía mucha información de la que había relatado hasta entonces, ahora había un nombre que no marcaba en los registros—. Liz, aquella que hizo que este día pudiera evitarse. La conocí en un café, dos meses después de la última defunción que había cometido a un vendedor de seguros que me llevó al borde de la locura con su insistencia de venderme lo que sea —el vendedor de hecho estaba en el registro—. Ella estaba sola en un banco de la plaza, llorando. Me le acerqué y le pregunté qué era lo que le pasaba. Me comentó que no quería agobiar a nadie con sus problemas; lo admito, tuve ganas de poner mis manos en su cuello blancuzco, solo para hacerle un favor, pero hubo algo que me detuvo; hasta la fecha creo que fue su cabello. Sí, sé que suena extraño, pero les juro que su cabello me hipnotizó, era corto y tan marrón como la madera en otoño, estaba bajo un gorro y una bufanda, su movimiento hizo que no le prestara atención a nada más. Fue un sentimiento que nunca había experimentado —su cara empezó a tornarse más y más apagada, su mejilla se puso morada por el golpe anterior. Miró al piso. Tocía cansado—. La invité a mi casa ese día, pero no hablamos, solo durmió en el mueble; yo insistí que lo hiciera en mi cuarto, pero puede que no usara las palabras adecuadas y ella captó otra idea. La

vi dormir, y fue cuando me puse a pensar en todo lo que había hecho. Las muertes, las formas en que las cometí: cuchillos, armas de fuego, una vez incluso con un lápiz sin filo en medio de la pupila, todo había sido... para qué. Es por eso que los reuní a todos en esta sala hoy, no para hacer constancia de mi inesperada redención, porque sé que si Dios existe, no lo veré más que el tiempo suficiente para un sagrado puntapié para luego meter mi culo en el fuego. Conversé con Liz tiempo después, nos hicimos íntimos, pero nunca hubo nada, ni besos ni caricias, solo un abrazo ocasional, ella hacía que reflexionara por todo. Hacía años que me había separado de mi familia, los había abandonado sin mayor explicación, de lo contrario, ellos pudieron sumarse a mi lista negra, yo no le daba importancia a eso, recuerdo haber llevado a un primo a la otra vida a punta de golpes. Liz era diferente, su olor me hacía pensar en el miedo, miedo de que me pasara algo, como encontrar la muerte con un loco como yo que premeditara más las cosas; eso me hizo temer separarme de ella, pero así como apareció, así desapareció, una mañana fui al *Eleonora Street*, donde ella vivía, y no encontré más que cajas y cajas con sus cosas, un día después pensé que toda Liz había sido producto de mi imaginación, pero no fue así. Seguía teniendo esa sensación cálida de su mano junto a la mía que hasta el momento. Sigo conservando como el recuerdo más hermoso de mi vida. Y que... sería lo último que quisiera sentir —el público estaba callado de nuevo, boquiabierto, ¿en verdad

este monstruo en sus últimas horas quiso dar a entender que poseía un corazón que logró amar?—. Pero no me malinterpreten, a lo largo de mi vida no he pasado por procesos psicóticos, o episodios de esquizofrenia, he estado más cuerdo que un hombre que sabe que tiene que parpadear para no llorar por la irritación, es por eso que no busco alguna clase de piedad —noté desde mi segura distancia que sus ojos se humedecieron un poco—, hagan lo que tengan que hacer para saciar su sed de sangre que en ocasiones yo también tuve. El ciclo de odio continúa, no me creo superior o inferior a nadie, solo me considero algo diferente a un humano, porque aquel que arrebató una humanidad, no puede ya ser parte de ella, al menos no del todo. El tener a Liz hizo que me diera cuenta del valor de mi vida, y que el quitarla no me hacía mejor que nadie, sin embargo, eso no evitó que durante los cinco años después de su partida cometiera otras ocho presentaciones; al menos fue un número reducido de lo que pudo haber sido —las lágrimas brotaban de sus ojos, este hombre se ganó el odio de tantas personas, pero a fin de cuentas, podía llorar, eso quizá lo hacía un poco humano. Me pareció sorprendente cómo aquel que caminaba el pasillo de la muerte de manera tan serena pasara a ser un demonio y después un ángel caído—. No me arrepiento de nada de lo que hice, quizá a uno o dos niños, pero el resto tendré que llevármelo a la tumba, porque eso es lo que me queda, mis actos, y sería un hipócrita si no pudiera cargar con el peso que yo mis-

mo me impuse; en ese caso, me considero mejor que muchas personas en este mundo, quienes tiran la piedra y luego se esconden. No. Yo tiro la piedra y nadie se enoja, por eso sigo tirando. Ustedes no están en mi posición, el pensar que ya esto es todo, que no hay vuelta atrás, que todo lo que viviste con tu madre o tu hermano no tuvo un sentido superior... es feo, claro, pero cuando te aferras a lo que en verdad querías, es cuando el verdadero dolor aparece antes de siquiera accionar la palanca. Y estoy seguro de que muchos piensan igual que yo, me atrevo a decir que todos los que se sentaron y que se sentaran antes y después de mí lo pasaron, con ínfimas variaciones, pero con el mismo resultado. Estoy realizado de mi cuerpo, del tacto que poseo, de la vista que muy pronto se derretirá, del olfato que a algunos muy pronto les arruinaré —me picó el ojo—. Las comidas que nunca pude probar o los lugares a los que nunca fui ni podré ir. Recen por que nunca se encuentren con alguien como yo, por lo usual somos personas volátiles, de fácil encaramiento. Busquen una casa abandonada de mi ciudad natal, por el río Baier, busquen y rebusquen hasta encontrar una caja cuyo contenido puede llegar a reflejar todo lo que acabo de decir —anoté la dirección, sabía que al finalizar esto, tendría que ir volando hasta el lugar para encontrar las cosas y así verificar que todo fue fidedigno, mucho antes del hombrecillo periodista—. Los asesinos hacemos lo que hacemos a veces por las razones que creemos correctas, a veces por necesidad, otras por mera diversión; yo lo hice

porque no sabía, eso me duele, hace que se me revuelva el estómago. Me despido de todos ustedes, ya en el momento de la verdad, cierro los ojos para por lo menos irme con la imagen de Liz apretando mi mano —no pudo contener las lágrimas y empezó a gritar de dolor—. ¡SOLO NECESITÉ AMOR, CARAJOS, SOLO NECESITABA A LIZ! ¡LA QUIERO A ELLA! ¡QUIERO VOLVER A TENERLA! —me acerqué para ponerle el saco encima de su cabeza, con un rostro imperturbable— ¡John, hermano, hasta luego, si ves a LIZ, dile que siempre la amé, cuéntale mi historia!

—¿Cuál es su apellido? —le dije de manera cortante.
—...

Abrí un poco el saco para ver su rostro. Su ojos se abrieron como platos, allí fue cuando noté la mayor tristeza de mi vida, las lágrimas salían a presión de esos ojos rojos, sabía que ya nada de lo que diría podría hacer cambiar de parecer. Nuestros ojos se encontraron una última vez, es horrible el sentimiento de ser lo último que ve un hombre. No sé si sonrió, lloró o puso una cara indiferente al momento del choque, solo sé que en sus últimos momentos, este ser pudo encontrar paz. No sabremos si se arrepintió o si murió feliz, pero estoy seguro que terminó ya su jornada, a la edad de treinta y cinco años, con un resultado de treinta y ocho víctimas (solo hasta que vea el contenido de cierta caja en cierto río).

El verdugo agarra la palanca y la jala. Inicia el zum-

bido que desprende el cuerpo convulsionante. Se logra escuchar fuerte y claro el sonido de *Ichhhhh* debajo de la boquilla de caucho, queriendo ser esta la última palabra del condenado, algo que no pudo lograr terminar. Al ver que duraba mucho, se aumentó la corriente eléctrica, ocasionando que se corriera tinte ocular por el saco; luego de dos minutos, una vida había acabado.

En una hora, luego del papeleo, parto a buscar la caja, esperando encontrar lo peor, ya la sala está vacía, todos se han ido lentamente, el hombrecillo del sombrero hablará con sus editores a ver qué puede y qué no puede colocar en la publicación final; si juega bien sus cartas, se hará con la historia del siglo. Supe además que la mujer pálida vomitó el almuerzo una vez finalizado el asunto —no entiendo por qué está presente gente que no tiene el estómago para esto—, ya cuando no quedaba más que una pila enorme de carne y huesos chamuscados que en su momento simbolizó algo, algo que nunca supo ni el mismo cadáver. Y que hasta la fecha él y yo tratamos de encontrar.

Cuando llegue a casa abrazaré a mi esposa, que en solo un mes hará lo contrario a lo que Marcus Cassidy hizo durante toda su travesía: dar vida.

Hora de defunción, 20:51 p.m.

Velocidad

Esta es quizá una de las historias más raras que jamás escuché, la persona que me la contó dijo que era cien por ciento verdadera, y que no pretendía en sí ser rara, sino que sencillamente se esforzaba bastante en expresar un miedo poco común, el miedo a la velocidad. Según los científicos: *tacofobia*.

Hago hincapié en esta historia en particular por el terror que me causó entenderla. Pero eso no solo duró los típicos minutos de digestión cuando te relatan un cuento. Juras que has escuchado lo mejor del mundo, cuando en realidad solo fue el sabor del día, algo insípido para el siguiente, y el siguiente y el siguiente. Pero decidí seguir un poco más este cuento tras haberlo escuchado una segunda vez, de boca de otra persona cuyos lazos con la primera estaban más escasos que el mero *hola* y *adiós*. Me sorprendió sobremanera la similitud en los dos casos de la narración, cómo los detalles se relacionaban de manera tan... inquietantemente veraz. Me hallé de repente en una tercera versión, luego en una cuarta y una quinta, y en todas, mi actitud de oyente se mantenía estática: permanecía sentado, en silencio, escuchando con suma atención cada palabra, y ver cómo se acoplaba con el relato anterior. Curiosamente, los narradores también jugaban al Simón Dice entre ellos, puesto que se imitaban en la forma de expresar los eventos del cuento, los gestos, las exclamaciones, las muecas,

como si todos se esforzaran en hacerme entender lo más que se pudiera este temor tan particular. Creía que al terminar la historia, yo, por simple condicionamiento, iba a adquirir la fobia, algo que me erizaba la piel. La capté, por lo menos, pero desconozco si usted lo hará.

Sumándose a la lista de curiosidades, el protagonista de dicha narración conserva su nombre con sorprendente exactitud en todas y cada una de las ocasiones, lo que me conllevaría a investigarlo hasta la saciedad, tratando de buscarle un mensaje oculto o subliminal. Ir hasta el registro electoral y confirmar si existe una persona así, pudiendo llegar a encontrar pistas interesantes; ignoro la ardua búsqueda que me espera si tengo que llegar a husmear en registros internacionales solo por este individuo. Jorge Samblón.

Desconozco si ha existido una versión escrita de esta historia, y de ser así, quisiera encontrarla, leerla, y ver la fuente principal de todo esto. Uso mis dotes literarias para recrear lo más que se pueda una versión definitiva, enlazando datos de todas las versiones que he escuchado, conservando la esencia terrorífica que atañe, como es debido. Además, dudo bastante que la versión inicial indicase los manierismos de los individuos al momento de hablar.

Odio mantenerle con tanto preludio o palabras iniciales, es solo que quería hacer constancia de cuán importante es para mí que usted aprecie esta pieza narrativa tan escabrosa, llena de paisajes surrealistas y vívidos hasta el punto en que lo piense dos veces antes de ir a

una montaña rusa o desprendía sus manos de los manubrios en su bicicleta. Por favor, lea hasta donde pueda.

“En este mundo hay cosas muy misteriosas, y cuando morimos, no entendemos ni un grano de arena sobre la historia de la humanidad o más allá que eso; dormimos para siempre como ignorantes sin siquiera preguntarnos qué pudo haber más allá del infinito... *(el locutor siempre comenzaba contando esta historia mirando al vacío, como si de un robot se tratase, a punto de realizar la acción por la que fueron contruidos; sus rostros, o más específicamente, sus ojos, expresaban un sentimiento de muy pronto vendrá lo peor. Es curioso, ya que mantienen esta praxis durante gran parte del relato)*

...quizá fue por cosa del destino que el señor Jorge Samblón tuvo el enorme privilegio o la gran desdicha de ser testigo en primera fila ante un evento que pasa solo una vez en la vida de un solo ser durante todo el transcurso del tiempo.

Como sea, Jorge Samblón, solitario protagonista de la historia que está por venir, estaba caminando apacible en la acera de una calle de su ciudad natal, con su traje de oficina, conjunto caqui oscuro o marrón casi tildando a crema dulce, corbata roja y mocasines negros, atados firmemente —sin estar muy apretados o muy sueltos— tal y como le habían enseñado sus padres hacía tantos años, cuando aún era un niño de granja. En su mente quizá estaban rondando las ideas de pagar los impuestos, recoger a sus crías en el colegio, o llevarlos en la tarde a la casa de sus abue-

los para que durante la noche, pudiera consentir a la señora Samblón con una cena romántica, como se lo había prometido hacía una semana. Sí, su cabeza estaba fundida de pensamientos que cualquier otra persona tendría. *Insípido*, se podría llamar, incluso. Caminaba desprevenido.

En fin, deambulaba por los bordes de la ciudad, adyacente a una urbanización y a un parque, durante un hermoso día veraniego. Estaba a escasos centímetros de la grama del parque. Era una plaza sumamente extensa, con árboles plantados meticulosamente en zonas estratégicas, nunca estando tan cerca el uno del otro. Veía los autos pasar con sus cláxones indicando la hora pico, a los niños jugar con pelotas rojas y corriendo de aquí para allá; el canto de las aves era una de las cosas que apreciaba más, reparando en que no las había escuchado como tal desde hace años.

Bueno, nada de lo que se acaba de contar importa en esta historia...

(si se sorprenden por esta última oración, es normal, yo también lo estuve al principio. El narrador usualmente intenta dar aires cómicos con esto, como si fuese el remate de un chiste)

...estamos a punto de mandar a Samblón al diablo. Lo mismo pensó aquello que había maquinado los hilos del destino para tan perverso plan.

(durante esta parte, los narradores sueltan una leve risa, como si del mejor de los chistes se tratara. Sobre la descripción del personaje, se hace énfasis en su vestimenta, pensando que tendrá gran relevancia más adelante. Se omite el nombre de la ciudad, el país, la clase social o el color de piel de Samblón,

quizá porque no importan para el desarrollo futuro, dando una sensación de universalidad)

Con gravilla al frente y en la retaguardia, el señor Samblón pensaba que la vida era buena, justo antes de que la misma se detuviera de golpe. No la vida en sí, en realidad era su cuerpo, el cual quedó inerte en medio de la acera, como si el Sr. Frío hubiera hecho de las suyas y lo hubiera congelado en el acto, con una pierna alzada en gesto de querer dar un paso más. Parecía un fotograma titulado *Hombre de cuarenta paseando*. Algo lo hizo detenerse, pero no de la manera que él quisiera; ni siquiera su pecho se movía para dejar entrar el aire, y en él, aun estando de manera vertical, sintió como si una persona de cien kilos se sentara para jugar al caballito.

Notó cómo los autos habían dejado de circular, y cómo las madres llamaban a sus hijos para que se fueran con ellas. La única parte que podía mover a voluntad eran los ojos para realizarse de que estaba solo en toda la calle (*es aquí cuando el asunto se vuelve más extraño*). Sintió que su cuerpo se tambaleaba, tal cual un sismo en ascuas. Sufrió los principios de la claustrofobia sin paredes que lo inmovilizaran; su cuerpo era el cuarto y el alma lo que intentaba escapar. Iba adelante y atrás, repitiendo una y otra vez el proceso. Se creía un maniquí en la sección de caballeros de cualquier tienda genérica en el centro comercial. Más que el peso muerto en su pecho, los pies —o al menos el de apoyo— sucumbían ante una presión igual o mayor, haciendo que se quedasen clavados al suelo;

ahora era un espantapájaros clavado al terreno del maizal, sin poder objetar nada.

(durante todo este último párrafo, el narrador usa dos de sus dedos, el anular y el índice de alguna de sus manos, y los apoya en la palma de la otra, simulando ser Samblón en medio de esa situación. Parecía más bien un borrachín saliendo del bar)

Paró, estuvo tieso unos segundos y reparó en su ancha espalda. Estaba pesada. A diferencia de las otras partes de su cuerpo, no sentía un peso sobre ella, sino que ella misma era el peso muerto.

“¿Qué me está pasando?” Se preguntaba.

Poco a poco fue cayendo de espaldas. Ladeándose hacia atrás; caía muy lento, como si la gravedad tuviera consideración con él. Temía que se fuera a hacer algún daño, puesto que si recordaba bien, un muñeco de hielo o un maniquí, si se caía, terminaría hecho pedazos. No lo mataría una caída desde una altura regular, ni siquiera a la altura de un salto, pero sí le pudiera causar una herida en la cabeza, siempre y cuando esta estuviera expuesta; y lo estaba.

Logró bajar la mirada y notó que los pies no estaban tocando el piso. Estaban por lo menos a unos quince centímetros del suelo. Estaba dando un salto en cámara lenta sin haber tomado impulso. Estaba levitando.

Dijo para sus adentros que era imposible, que nada de lo que estaba pasando era real, siendo una suerte de sueño o algo así. Pero no podía ni pellizcarse para comprobarlo. A lo mejor se había desmayado por un mal golpe de una pelota roja de algún niño. O fue atropellado y el cerebro inventó una nueva situación

para reconfortarlo. Pero la sensación de estar en el aire era tan real como el roce con su camisa. Una posibilidad que le hacía sentir cómodo era que ni siquiera se había levantado de la cama ese día, pero sí estaba ocurriendo. Era más real que su boda, que el nacimiento de sus hijos, que sus últimas vacaciones, ¡que la avena que comió esa misma mañana! Era lo más lejos de ser un sueño en este mundo.

Llegó a un punto en el que no pudo caer más, su espalda estaba en línea recta paralela al suelo, a los mismos quince centímetros de antes, su visión estaba compuesta por el cielo azul...

(el narrador coloca ahora sus dos dedos acostados sobre la palma de la mano, como si un hipotético hombrecillo con dos piernas enormes estuviera acostado en el aire, alegando que era la misma sensación vertiginosa que uno adquiere al subirse a una montaña rusa, sabiendo que un viaje cercano a la muerte estaba a punto de ocurrir)

...y como por arte de magia, de la misma manera en que logró desafiar las leyes de la física ese día, Jorge Samblón empezó a subir; a levitar cada vez más lejos del suelo. Plano como una mesa para planchar, no podía siquiera mover los músculos de la cara para gritar. Sus ojos reflejaban desesperación, como la de un hombre al que tras un accidente en medio de la nada se le confirma que tendrán que amputarle una pierna sin anestesia.

A medida que se separaba más del suelo, más vértigo tenía, con las piernas tan aguadas como fideos pasados de remojo; a duras penas logró voltear su cabe-

za, desafiando las reglas que le imponían quedarse en forma de estatua. El giro de cabeza le duró unos segundos, puesto que la colocó en su posición original tras haber visto el suelo a treinta metro bajo él.

No sentía el peso muerto de hacía unos instantes, por el contrario, se sentía tan liviano como una pluma. Estaba extrañado de que ninguna persona se percatara del hombre que levitaba a cincuenta metros del piso, y aunque así fuera, muy poco podían hacer para ayudarlo. La brisa se colaba entre sus extremidades, dando un frío espectral que le erizó hasta el último de sus cabellos. Era refrescante y perturbador a la vez.

La siguiente escena es un poco onírica, y es la del punto que se encontró entre las nubes. De todas las posibilidades que rodeaban ese acontecimiento tan surreal, le tocó experimentar la de pasar a escasos metros de un avión en movimiento. Él solo había viajado un par de veces en esas máquinas enormes, y en ambas ocasiones se había preguntado cómo sería ver el armatoste desde fuera, lejos de toda esa facilidad de fotos y escenas en películas. Ya no se lo preguntaba. Se imaginaba en la posición de cualquier pasajero incauto, y aseguraba que ver a un hombre *cayendo hacia arriba*, era motivo suficiente para entrar en pánico. Iba cada vez más veloz.

Samblón se sentía como una pluma, pero el terror que le producía ir a tal velocidad era inhumano. Como si fuese un superhéroe, trató de dominar inútilmente el vuelo lineal que lo hacía ir más rápido, hasta la zona donde el aire costaba entrar en los pulmones. Obser-

vaba a su alrededor, un paisaje sacado del fondo de pantalla predeterminado de los teléfonos viejos. Solo nubes, que más que relajarlo, le hacían dar cuenta de un dato importante: no era que él estaba avanzando, sino que el entorno estaba yendo al revés, como ir en escaleras eléctricas. Él estaba estático. Una de las cosas que más le hacía temblar —aparte de la brisa helada— era el hecho de que todo ese suceso había transcurrido en menos de cinco minutos, mucho menos, quizá en cuarenta y cinco segundos. A este punto, en qué momento llegaría hasta el lugar donde la cabeza humana explota y se vuelve una papilla carmesí. Olvidó sus clases de naturaleza —o su conocimiento básico en cosmología, si es que esa era la materia—, y esto fue particularmente malo, porque no iba a poder apoyar la idea de que faltaba poco o mucho para que terminara con su pesadilla. ¿Se imaginan dejar la atmósfera en solo cinco minutos?

Estaba deseando terminar con todo, sin mirar atrás. Dejar a un lado todo aquello por lo que tanto se esforzó en vida. Su familia, su trabajo con buen sueldo y su retiro rodeado de cachorros pitbulls, todo eso se alejaba de él a pasos agigantados, y si no había una solución para el asunto, ¿qué más daba? Quería decir adiós a todo aquello que amó, odió y vivió (*consideraba que la historia había alcanzado su clímax para este punto, pero no era así*). Y sabiendo que pronto llegaría ese final, estando a unos cuantos kilómetros sobre el chicle incrustado en la acera con el que muy probablemente iba a hacer mutismo una vez dado el siguiente

paso, surgió la ansiedad que experimentan las personas cuando saben que el final es inminente; cuando el piloto anuncia en los parlantes que están a punto de tener una colisión catastrófica con una montaña, lo único que puedes hacer es rezar o lanzarte del avión sin paracaídas. Si no te mata la primera opción, de seguro la segunda sí. La sensación de estar en el aire dentro del carro, antes de que el parachoques se cruce con el fondo del barranco era cuestión de segundos; para él, segundos que vivió como una eternidad. *(como dato, en algunas versiones, las analogías con los aviones y los autos cambiaban de posición. Pero eso no altera en nada los eventos. No sé... me apeteció rescatarlo)*

Esperó.

Esperó y esperó hasta que el cielo pasó de un inocente azul, a un amenazante gris; luego a un terrorífico negro. Llegaban los calambres, espasmos y entumecimientos; era indescriptible todo lo que le pasaba a su cuerpo. Una colonia de hormigas se paseaban dentro de su piel, mordisqueando su paso hacia la salida. Más o menos eso era lo que sentía. Tenía calor y frío al mismo tiempo, y el aura con el que se podían apreciar los meteoritos en las películas lo rodeaba, pensando que le causaría enormes ampollas en su delicada piel. Pero no fue así, simplemente se veía el aura, y la temperatura variaba, pero no era como para correr algún peligro más allá del de ir a una habitación con el aire acondicionado a máxima potencia.

Se preguntaba el pobre Samblón por qué le había ocurrido eso a él. Había más de siete billones de per-

sonas en el mundo y fue justamente al bienhechor que siempre pagaba los impuestos a tiempo y que cuando podía, llenaba una que otra tasita del vago genérico en la esquina del centro con una reluciente monedita. Todo lo que estaba pasando era un mal que jamás se lo desearía a nadie.

Quizá fue un enemigo desconocido, exigiendo venganza ante Samblón por haberle robado el baile con la más bonita del colegio durante las fiestas, o por haberle quitado el puesto en la empresa...

(el narrador no se esforzaba en esta parte. Todo esto era irrelevante)

..., pero entre sus recuerdos, no hallaba a nadie capaz de semejante encantamiento o brujería; era un buen ciudadano y amigo, que tenía la ventaja de no haber logrado caerle mal a alguien mientras estuvo en la tierra, o al menos eso consideraba. Un buen hombre en una mala situación.

En la Tierra.

Ahora el pasto se veía como algo alejado de sus pensamientos o recuerdos, solo le quedaban nubes, aire y uno que otro punto brillante en la distancia. Era como estar bajo una cartulina azul, que cambiaba poco a poco sus matices. No escuchaba sino el viento pasar por las hendidias de su cuerpo. Tal fue su maquinación mental, que concibió la idea que desde su mismo nacimiento, ya estaba destinado a tan fatídico final. El vértigo hacía que su cabeza diera tumbos, girando inerte, con ojos danzantes sobre sus cuencas. El paisaje estaba tornándose más turbio, las motas blancas estaban desapareciendo a la distancia. En

ocasiones, cuando pasaba a través de ella, sentía una caricia de agua fresca, lo suficiente como para calmar las burbujas y moretones que se formaban en su piel, resultados de la fricción. Pero ahora, las nubes desaparecían, y el cielo negro se comenzaba a apreciar. Samblón se percataba de que su respiración, por más lenta y forzada que fuese, no se sentía en absoluto destruida. Era como si respirase a través del filtro del asma; no le dio importancia a este detalle porque... estaba a kilómetros del suelo, algo de por sí bastante irreal. Su mente tenía al frente la frase *todo es posible desde ahora*.

Por tercera o cuarta vez, volteó la mirada, y observó con detalle minúsculo todo el panorama que había conocido solamente en libros de geografía, a una resolución mil veces mejor. Una que otra nube cubría los tramos de la ciudad, luego del estado, luego del país. Se estaba acercando a lo que el humano llama *espacio exterior*. ¿Cuánto más podía subir el señor Samblón? Era un chiste cuyo final no quería saber.

Pero se lo aprendería tarde o temprano.

Oficialmente hablando, unos ocho o diez minutos después de que Samblón dejara de tocar el piso, ya había dejado el espacio terrestre. Lo único que hacía era ir cada vez más rápido.

(para para decir que siempre son ocho o diez minutos los transcurridos desde que el protagonista pasa del punto a al b, siendo este último el margen en que ya la tierra no es tierra sino espacio. Cualquiera con dos dedos de frente pudiera deducir que, para que un objeto atravesara tal distancia en tan poco

tiempo, ha de ser una velocidad impresionante. Bueno, que el sujeto no hubiera muerto por toda la situación era de por sí algo ya impresionante. Yo no sufro de acrofobia, ni de tafofobia, pero dudo enormemente que cualquiera en ese momento no hubiera sentido un pánico terrible, sin importar que no esté tan físicamente lastimado, porque si nos ponemos a analizar, dicen que Samblón ha de tener moretones y burbujas saliendo de su cuerpo, y que está bajo una enorme presión, pero eso no le impide respirar ni mantenerse en una sola pieza, lo que lo pone en una posición relativamente sana. En lo que quepa decir, claro) Sorpresivamente, estando en órbita, la respiración de Samblón se reguló, con bocanadas constantes como si de una caminata se tratase, a pesar de que estuviera a un par de kilómetros de donde se pudiera apreciar cierta pizca de oxígeno. Lo que sea que le hubiera hecho esto (*no sabemos si magia, brujería, deuda cósmica, ciencia o incluso el poder de una promesa rota*) lo quería vivo para algo.

Seguía avanzando, como un chiste recurrente que es contado cada día, y pierde la gracia apenas a la segunda o tercera ocasión. Pasó a ver la Tierra como una pelota de básquetbol, luego de fútbol, ahora de tenis. Ping-pong. Frijol. Cabeza de alfiler. Ahora tenía el diámetro de un cabello que se confundía en la negrura.

Durante este trayecto observó la luna, brillante y blanca, con una segunda cara bastante misteriosa y lúgubre. A Marte tan rojo y pálido como la arena de una playa calurosa, rodeado de algunos cuerpos que recordaban a nuestra inocente luna. Se imaginó, por unos

pocos segundos, que estaba viendo a la que sería el hogar de reserva para la humanidad una vez hubiéramos arruinado todo lo que se pudiera arruinar. Creía que habitar ese planeta tan pequeño en comparación con la tierra haría unificar a las personas, siendo esto algo bueno. Pero confió en la voluntad del humano en destruir todo para transformar esta idea tan utópica en algo cruel y malo. Pero, si él podía estar en el espacio a gran velocidad, rebasando planetas y lunas, ¿por qué la humanidad no podía tratarse bien entre sí? Después de todo, *cualquier cosa era posible ahora*.

Mientras más avanzaba, más abandonaba la idea de ser rescatado; no había sonda espacial tan lejana. ¿O sí? Además, si hubiera, no podría hacer más que aferrarse a ella, esperando —y rezando, quizá— para que la sonda regresase a la tierra.

Él nunca se había dedicado de lleno al tema del espacio. Con solo saber que la tierra es muy grande, más que Marte pero menos que Júpiter, y que no había oxígeno en el espacio exterior, ya estaba conforme. No había estado al pendiente de si efectivamente había vida fuera de la tierra, o cómo funcionaban las estrellas o los agujeros negros —solo recordaba que eran terroríficos según cómo los pintaban en los cuentos de ciencia ficción que leyó de joven— por lo que alguna de estas cosas bien pudiera matarlo si pasaba alrededor de ellas. Samblón tenía dos fobias permanentes cuando veía los documentales en la televisión sobre aventuras espaciales: la primera era el frío. Entendiendo que, a pesar de haber muchos

cuerpos incendiándose al vacío en el universo, este no era tan caliente que se dijera. Muchas sondas y satélites estarían envueltos en hielo de no ser por las capas atmosféricas de la tierra. La segunda cosa era el silencio; el mismo que experimentaba en ese preciso instante. Supo que salió del espacio terrestre cuando llegó a un punto donde no hubo ruido de viento deslizándose por sus alrededores. Como cuando se apaga una licuadora de golpe. La garganta la tenía vuelta un nudo, y cayó en cuenta que durante todo el trayecto, no había tenido la magnífica idea de gritar; tal vez porque no podía o porque no se lo había imaginado (*las versiones discrepan*), pero el caso es que por más que intentara, solo se escapaban débiles silbidos que terminaban siendo absorbidos por la inmensidad del espacio vacío. De todas maneras, ¿para qué gritar cuando estás a un “plan de rescate de al menos tres PBI” de casa?

Oró cuanto pudo, pero ese asunto a Dios se le escapaba de las manos, él solo tiene jurisdicción en asuntos que competen a la Tierra. *Su* Tierra. El lugar donde su hijo nació y murió.

A su mente —que podemos entender, estaba en un momento bastante agitado y activo— también se le acercaban los pensamientos pesimistas, donde se alegaba que no era un sueño, todo era bastante real, y que ya no tendría importancia nada de lo que hizo en vida. Todo lo que dijo, leyó, aprendió, escuchó, bailó, jugó, disfrutó, comió, todo se iba al caño; ya no tendría nada para motivarse a hacer alguna acción,

puesto que sus acciones justo en ese instante se limitaban a mover la cabeza y respirar. Aunque por otra parte, muy en lo más profundo e inhóspito de su cabeza, donde el infinito del universo perece, él podía visualizar una pequeña cantidad de felicidad. Era la felicidad de que seguía vivo a pesar de todo; eso y que no tendría qué preocuparse más por nada en la vida, al menos hasta el momento en que le diera hambre. Pero eso era dentro de él. Por fuera, solo tenía ojos para el miedo. Llevaba aproximadamente veinte minutos de *vuelo* —o *caída libre vertical ascendente*— cuando logró divisar a Júpiter, el gran gigantón de nuestro sistema solar. Y vaya que era inmenso; recuerda que leyó en cierta ocasión que tan solo uno de los huracanes de Júpiter podía llegar a ser del tamaño de un continente entero. Pero él era menos que un gramo de arena en medio de esa roca a su lado. El lado positivo era que vería, en alta resolución, un primer plano de ese gran cuerpo celestial, algo que hasta ahora nadie podía haber hecho sin estar detrás de una pantalla o libro. Rogaba que su camino estuviera despejado para seguir apreciando estas maravillas únicas, había tenido la suerte de no encontrarse con un objeto parecido a un avión de nuevo desde hacía minutos, por lo que un riesgo de colisión parecía bastante alejado. *(este es el punto más extraño de la historia... bueno, el segundo, ¿es que acaso el sujeto se está comenzando a alegrar de seguir en marcha? A eso le llamo cambiar de ánimos. En menos de media hora ya cualquiera estaría rayando el borde de la locura. Más bien, desearía encontrarme con algo que se*

interpusiera al frente y me aplastara. Luego recuerdo que esta historia está basada en un mismo evento, y sobre eso, muy poco puedo cambiar. En los cuentos y fábulas, habrán ocasiones en la que los personajes se llegan a comportar de manera muy extraña, cambiando sus pensamientos de un segundo para otro, y admiro la capacidad que tuvo Samblón para mantenerse cuerdo y positivo ante esto. O bueno, supongo yo que lo estaba)

Según la secuencia planetaria, luego de Marte y Júpiter, llegaría la dama del anillo, Saturno, y con ese enorme anillo de bodas, Jorge Samblón le pediría matrimonio a la muerte. De esa sí no se podría salvar, ya era la hora, lo lograba divisar a lo lejos y estaba yendo hacia él en línea recta. Pero, como esta historia muestra el lado más surreal de la habilidad creativa, Samblón tuvo que sufrir los embates de dicha potencia, justo a dos metros del primer objeto que conformaba el anillo de Saturno. Cerró los ojos sin ver lo que era —tal vez un trozo de polvo o hielo estelar— y antes de darse cuenta, lo había rebasado sin ningún rasguño... ¿Cómo lo logró? Lo entendía tanto como levitar a toda velocidad en el espacio. Pero esa era una minucia comparada con la prueba de fuego, que sería una masa enorme de tierra amarillenta que, caso contrario a su planeta natal, lo abrazó con una atmósfera de gravedad inmensa, atrayéndolo a su próxima perdición.

El cielo del lugar era verde, y las nubes, amarillentas, con tonalidades grises. Iba a pasar por uno de los bordes del planeta, el equivalente terrestre a Australia o Argentina, pero si de algo estaba seguro, era que iba a estrellarse, y no habría milagro que lo salvara. Un

último vistazo a la atmosfera sombría e inhumana del lugar sellaría todo.

A ojo desnudo, sabría que solo le quedaban unos cincuenta metros de distancia antes de tocar con las narices el suelo... ¿*Saturniano*? Intentó vagamente apartar la mirada del lugar, evitando tanto como se pudiera observar su lugar de descanso. *Vaya, no estaba en mis planes morir en Saturno, querida*, pensaba en una suerte de comedia imaginativa, seguido por risas y ovaciones por su última presentación.

Nada ocurrió. No sintió nada sólido a su alrededor, solo la sensación de seguir avanzando. El vértigo se apoderaba de sus párpados, y tenía miedo abrirlos para encontrarse con San Pedro, o el equivalente interestelar de San Pedro. Luego de unos cuantos segundos, no pudo contenerse y abrió un milímetro sus párpados, todo era color arena, hasta que se logró descubrir el cielo de nuevo, y tras una breve pasada, el negro del espacio de nuevo. Estaba donde había comenzado.

Dejó atrás a Saturno, como si nunca se lo hubiera encontrado. Ahora había un nuevo apartado a la situación: Podía atravesar los objetos, por lo que su muerte por colisión estaba lejos de ser real. En la televisión hablaban casi siempre de teorías sobre los átomos, y de cómo se alteraban sus estructuras cuando se les sometía a condiciones extremas, como las temperaturas o las velocidades absurdas. Samblón maquinaba en su mente que iba lo bastante rápido como para volverse un ser inmutable, capaz de atravesar objetos sólidos. De ser así, ahora tendría más camino que re-

correr. Eso no era bueno.

Su estómago no parecía reclamar nada. Había desayunado bien ese día, por lo que estaba completamente lleno, pero en el sentido de que aún después de tantas horas, no quería dar bocado ni de una gota de saliva. Es decir, todo el escenario estaba sutilmente coreografiado como para que se entretuviera en un viaje sin retorno por mucho, mucho tiempo.

Las estrellas seguían parpadeando a lo lejos, como puntos blancos incandescentes, explotando a millones de años luz, lo que serían un par de minutos en años Samblón —este término lo inventó en una de sus múltiples escapadas de la realidad, cuando se entretenía contando historias incoherentes para mantenerse cuerdo, sin saber que la cordura la había dejado en Neptuno—. Las estrellas le recordaban a las gotas de lluvia al caer. Tenía razón en ciertos pensamientos, como de que jamás volvería a ver una gota de lluvia en su vida, al menos que pasara por algún planeta con alguna atmósfera húmeda. Pero había tanto que desconocía del universo; por ejemplo: no sabía cuándo era una luna y cuando un planeta; no sabía si era un sol o una estrella —aunque creía que era lo mismo—, no sabía cómo lucía un agujero negro para evitarlos y lo peor: no sabía cómo parar. Todos estos pensamientos y más, estuvieron llenando la cueva imaginativa de Jorge Samblón durante su primer día como el viajero... no, como el objeto más rápido del universo. Al despertar de un sueño turbulento, descubrió que seguía avanzando a alta velocidad. El vértigo no se

había largado, quizá se intensificaba con un extraño ciclo repitiéndose, justo como las notas del piano, que de ser tocadas de cierta manera, podías hacer lo que llamaban en inglés un *loop* o bucle. Al notar que no era un sueño, supo que de ahora en adelante, su realidad sería como un sueño, y en los sueños del dormir estaban los únicos lugares donde podía sentir algo sólido en los pies que no fueran sus zapatos; donde aún jugaba con los niños o probaba las delicias de su esposa. Ahora estaba en uno de esos casos donde giras o avanzas a velocidades increíbles, y sientes que la cabeza te va a estallar por la presión. Pero no pasa, porque solo es una pesadilla. Lo mismo que le ocurría a él. En retrospectiva, se decía que podría pasar un buen rato allí, relativamente —esto fue cuando la semana humana ya había transcurrido, y la vía láctea era cosa lejana para él. Se estaba resignando, y dijo *bueno, veamos qué podemos hacer*—, haciendo casi cualquier cosa que se le antojara, como inventar su propio idioma, el samblonés, hablado por los habitantes de Samblolandia. Población: uno.

Pero había *noches* fuertes. La verdad es que él no distinguía las noches de los días, lo deducía dependiendo de su nivel de cansancio. Para él, si estaba cansado, era de noche, y si tenía ganas de soportar el martirio de siempre, día. Durante esos destellos de lucidez, tenía visiones generadas por la sensación de movimiento. Las lágrimas corrían de sus ojos, y se perdían en el espacio, cristalizándose y jamás tocando algo parecido a un suelo. Lloraba desconsoladamente; a

pesar de abnegarse de todo lo que pasaba; aún extrañaba a su familia y la sensación de dar un beso. El ser humano es un ser social, y estando solo, caía en lo que en samblonés era *macor*, algo parecido a un sentimiento de soledad multiplicado por mil. Todo en ese idioma era lo mismo que en cualquier otro, solo que elevado a la milésima potencia. Ni siquiera las estrellas más hermosas podían consolar a un humano que atravesaba los confines del universo, sin jamás parar por nada, por más grande o brillante que fuera el objeto. Las esferas en llamas solo le molestaban la visión, teniendo que cerrar los párpados bruscamente, seguido de un ardor en su piel comparado al de un simple día de sol, pero al segundo siguiente, ya había pasado la esfera, y su recorrido continuaba. Las constelaciones se deformaban a su alrededor por los ángulos tan osados que recorría, y a la lejanía, notaba formaciones rocosas errantes que en algún momento pudieran dar muerte a todo lo que tuviera a su paso. Pasó el tiempo en gran medida. Sin un reloj que lo ayudase, el pobre Samblón debía guiarse por mera imaginación; en sus jornadas, durmió unas ciento cincuenta y tres veces, el equivalente a un tercio del año. En años luz serían... muchos.

Su cordura la mantenía con una serie de rutinas, las cuales empezaba apenas lograba despertarse. Su día-a-día era:

Despertarse.

Viajar.

Decir *uno más uno es dos, un millón más quinientos mil es un*

millón quinientos mil. Las peras son verdes y las manzanas, rojas. Un perro hace guau y un gato hace miau. El día tiene veinticuatro horas. Mi hijo se llama Francisco, mi hija...

Esas eran las partes que costaban, el recordar la cara de sus hijos se le había hecho sumamente difícil apenas pasó la segunda semana de viaje. Los recuerdos de sus nacimientos, su boda, la primera vez que besó a alguien, ahora eran fragmentos de un tiempo totalmente distinto al de él. Su escaso conocimiento de física le dio la clave de raciocinio sobre el tema del tiempo. Al avanzar a una velocidad descabellada, podía calcular que por cada segundo de vuelo —¿se le podría llamar *vuelo* a eso?— sería algo así como un día entero en la tierra. Por lo que a él respectaba, sus retoños habían dado sus últimos pasos hacía muchos años. Entonces ¿Qué le podía garantizar que ya la existencia de la raza humana habría expirado su fecha de caducidad? A lo mejor ya estaban en Marte, como en algún tiempo supuso, cuando su mente estaba asimilando, o al menos tratando, todo el proceso que sería tener una vida en constante velocidad. A cien mil millones de trillones de megallones de años luz, y sin la capacidad de moverte si no era en línea recta, la rutina podía llegar a ser bastante tediosa y monótona. Estrella esto y aquello, planeta por aquí y por allá, vacío y vacío y vacío y vacío por todas partes; poco a poco, Jorge Samblón se aburrió del espacio, de las estrellas y los planetas, pero eso era porque, de todo el tiempo que le tocó recorrer, solo estuvo en unas cinco ocasiones, dentro de cuerpos celestes, viendo

su interior y sus alrededores, pero eso fue justo antes de pasar a los siguientes escenarios, los cuales llevaría su mente y estabilidad psicológica al límite.

Durante años, pasó al lado de las constelaciones más hermosas, con colores que el hombre jamás podría imaginarse, las figuras tan inusuales que los fragmentos de estrellas pasadas dejaban en su estela lo hacían tener toda clase de pensamientos metafísicos intensos. Toda la historia de la humanidad podría resumirse en un par de segundos de su viaje, logrando alcanzar una distancia entre planeta y su luna en solo un parpadeo, aun cuando al hombre le tomó alrededor de mil novecientos sesenta y nueve años lograr dicha proeza. Los planetas lo dejaban estupefacto cuando se trataba de imaginarse figuras y tamaños, siendo el más raro de todo aquel con figura de rosquilla, con un enorme orificio en su interior. El planeta negro, como llamaba, le hacía una justicia casi inquietante al nombre, ya que no poseía en sus alrededores una fuente de luz que le ayudara a hacer crecer vida, y si hubiera, no tendrían la capacidad de ver ni sus propias narices; ver esta clase de mundos frente a una fuente de luz era como un eclipse improvisado. Los lugares oscuros le aterraban a Samblón, puesto que la sensación de incertidumbre y cuestionamiento hacia aquellas cosas que pudiera encontrarse estando allí, eran motivo suficiente para dejarle correr otro hilillo de líquido entre sus pantalones, parando al lado de las lágrimas congeladas. A pesar de no haber consumido líquido

alguno desde hacía mucho años.

Los agujeros negros, por suerte, no habían estado en su paso nunca, y si eran la mitad de aterradores por como los pintaban en la ciencia ficción, iba a tener un problemón mayúsculo. Luego de cientos de años luz recorridos, su suerte se terminó.

Era un día —o noche, dependiendo de quién lo viera— como cualquier otro. Se había inventado el nuevo idioma del sambloniense, muy parecido al samblo-niano, pero no al samblosajón, cuando un misterioso fenómeno tocó la puerta de Jorge; este fenómeno tenía una forma indescriptible, como si de un tornado o remolino de petróleo se tratara, solo que en medio de una cartulina negra, lo cual dificultaba su visión. Pero los objetos a los lados de este torbellino le podían dar una idea de lo que estaba a punto de enfrentarse. Si bien Jorge estaba en uno de sus momentos más veloces, la fuerza de atracción con la que este hoyo al vacío succionaba a las estrellas, era ligeramente superior, por lo que no se debía ser un cosmonauta experimentado para saber lo que iba a pasar. Samblón temió por su vida.

Al no poder moverse, sintió el mayor pánico hasta ahora encontrado, y ni siquiera su suerte le permitiría librarse impune de ese predicamento. Solo se le ocurrió una idea, la cual era una por encima, uno de los inventos más dolorosos en materia de quitarse la vida. Jorge Samblón no quería un destino peor que el de la muerte, solo quería una muerte normal, y para ello, iba a engullir su lengua.

No se la iba a tragar, puesto que es virtualmente im-

posible al menos de que los destellos le hicieran botar espuma en el espacio, pero sí podía intentar morderla lo suficientemente fuerte como para arrancarla de un tajo, y ni su adquirida intangibilidad podría ayudarle. Pero, hubo un único problema ante esto...

(otro de los aspectos resultantes de este cuento, es el cómo este sujeto piensa tan meticulosamente las cosas en espacios de tiempo tan reducidos, aunque si soy sincero, en una situación de muerte, el ser humano tiende a reaccionar tan veloz como una bala)

...era hacerlo. Solo eso; se tendría que armar de valor y energías encontradas para realizar tan titánica labor, pero por mayor que fuese el sufrimiento, lo iba a realizar con creces.

(¿cómo es que nunca pensó esto? Lo ignoro. Supongo que fue para efectos del dramatismo de la historia) Abrió su mandíbula, y toqueteó por última vez sus dientes, con una sensación hartó desagradable y nostálgica. Fue cerrando sus capas y poco a poco comenzó a experimentar las rupturas de la carne. Lloró, claro que lloró, pero eso no lo detuvo.

Sin embargo, su osada tarea no lo salvó a tiempo. Ya su cuerpo estaba perdiendo los colores, luego la piel y luego la carne; cuando no era sino puros huesos, solo ex conciencia pensante, se dio cuenta que su sufrimiento había terminado. En el fuero interno de Jorge Samblón, un rayito de luz se iluminaba, afrontando ahora el nuevo hecho de que, sin darse cuenta, eso era lo que había deseado desde que salió despedido hacia la nada: tener un fin

para la aventura.

Durante este recorrido, no sintió nada, ni siquiera movimiento, y las pulsaciones de su cuerpo entraron en alerta, teniendo cambios que afectaban su realidad. Las manos las sentía como si fueran sus pies, los dedos parecían una extensión de la lengua y no solo eso, en su mente habían estragos enormes también. La presión hacía que girara hacia dos lados al mismo tiempo, mientras el cerebro olvidaba el color azul y lo reemplazaba con turquesa. Lo más cercano a un *color* que pudo recordar Samblón fue el turquesa. Su mente en cierto momento fue despedida hacia el vacío, pero al segundo siguiente yacía sobre sus hombros. Si habría una sensación peor que la de morir quemado en aceite hirviendo, era esa; no podía soportar el martirio, pero dijo que en algún momento su cerebro estallaría en llamas por la sobrecarga. Eso sucedió por una eternidad.

Solo hasta que terminara siendo despedido por otro remolino de iguales dimensiones, pero con las escapadas distintas. Esta estrella no estaba aquí, este espacio en negro no estaba allá. Algo había cambiado. Quizá fue testigo del primer portal universal imaginado por el hombre. Estaba en una sola pieza, era lo único que podía asegurar. Las teorías sobre los agujeros negros y blancos eran tan correctas como todo lo que había visto hasta ahora. Pero, por más asombrado que estuviera, la sola idea de seguir con ese recorrido tan extenuante lo llenaba de más vértigo, hasta caer en el pánico y la locura. *Uno más uno es once, un millón más*

quinientos mil es trescientos. Las peras son colores y las manzanas, sabores. Un perro hace rogar y un gato hace hola. El día tiene infinitas horas. Mi hijo se llama..., mi hija...

Ahora era un despojo de carne en medio de la mayor definición de *nada* que hubiera habido por allí. La espuma llenó su boca. Sus ojos paseaban a todas direcciones, sin darse cuenta de lo que estaba a su alrededor. Cuando creyó que esto era lo peor, otro agujero negro lo tragaba, y era un sentimiento encapsulado que desgraciadamente tenía que recordar. Era entrar a un vórtice que no alteraba su espacio ni su tiempo, y que no posea *nada* a su alrededor. Una nada más amenazante y terrorífica. Se compadeció de las estrellas que habían sido víctimas de estos embates por eones, rezándoles para que jamás pudieran pasar por eso de nuevo. Al *chocar* con ciertos planetas, se sorprendió al ver que tenían seres en ellos; seres que no alcanzaba a comprender del todo por sus rápidas visitas, que perdía si parpadeaba; tenían más extremidades que él, con culturas distintas y que pudieran ayudarle si solo notaran su presencia, pero jamás ocurrió. Iba demasiado rápido como para que otro ser supiera su existencia. Algunos dicen que incluso logró apreciar criaturas o figuras de tamaños mayores que los de galaxias, pero estaban fuera de su comprensión humana. Y siguió por los siglos de los siglos. En cierto momento, muy para su sorpresa, llegó a pasar por la tierra, o al menos eso creyó; era un planeta con las mismas características, solo que al pasar por medio segundo en ella, se dio cuenta que

todos tenían la piel púrpura. Era una dimensión distinta, lo que significaba que Jorge Samblón había llegado al borde del universo y vuelto al inicio. Al inicio de un nuevo universo. Si esta iba a ser su nueva vida infinita, encontraría de todo: mundos vacíos, con civilizaciones avanzadas, con organismos dando sus primeros respiros, planetas muertos, oscuros, brillantes, con materiales y elementos aún no descubiertos por el hombre, agujeros negros, blancos, rojos, objetos indescriptibles, estrellas con tamaños de galaxias hasta llegar al mismísimo *big bang*, y una vez allí, solo podía hacer lo que mejor sabía.

El universo es un lugar en expansión constante, pero es de suponer por meras ecuaciones logarítmicas y teóricas, que la velocidad adquirida por Jorge Samblón fue tal, que pudo llegar a lo que sería conocido como el borde del multiverso y de las demás dimensiones. Una zona tan inhóspita y mortal, que no debería sorprender si en algún momento Samblón terminase muerto, víctima de la presión en condiciones físicas distintas a nuestra realidad. Pudo viajar por mundos que jamás veremos, ver fenómenos que jamás comprenderemos e ir más rápido que ningún otro ser u objeto en la creación. Llegó un punto donde avanzaba más y más rápido, alcanzado una velocidad que lo haría ser uno con el entorno, volviéndose polvo espacial. El mayor testigo de todos. Y nos deberíamos sentir orgullosos por el hecho de que fue un simple humano, alguien de nuestra especie, el que lograra

dicha hazaña. A celebrar.
Por Jorge Samblón”.

Este cierre es un poco fuerte y desconsiderado con la pobre persona, pero la historia es así, y lamentándolo mucho, no hay nada que se pueda hacer. Claro que aún hay interrogantes; la principal de ellas, la misma que yo me hago, y puede que usted, es el saber de dónde surgió esta historia. Siempre la tildan como que es tan cierta como un pellizco, sin alteración alguna, pero es completamente imposible saberlo, es decir, vamos, el sujeto *literalmente llegó al borde del universo*, nada pudiera sobrepasar esos límites. Y un pensamiento que llena mi imaginación de terror, es que si hubo algo que efectivamente llegó a esa conclusión narrativa, viendo al sujeto morir (o no) en el confín del tiempo/espacio, jamás tuvo la dedicación de ayudar a ese desdichado ser. Quizá fue el mismo que lo puso allí, quizá no. Solo puedo imaginar su mórbida expresión de satisfacción al ver a Samblón morir solo, únicamente para llegarles a nosotros, los humanos, con la novedad, la historia del momento. Siempre me imagino un ente oscuro observando a Samblón a poca distancia, divirtiéndose. De algo estoy seguro: no quiero montarme en una montaña rusa de nuevo.

La caminata

Anthony “Tony” Linares comenzaba su recorrido junto un visitante que lo seguía muy de cerca. Habían terminado las clases y ya era hora de regresar a casa para comer un plato enorme de cualquier exquisitez que su madre estuviera preparando. El visitante que lo acompañaba en su caminata no era más que un enfermo, pero no de aquellos que les escurría mucosidad desde la nariz, sino un enfermo de la mente, de aquellos que pueden robar el contenido en las carteras de las señoras sin darse cuenta ni ellos mismos, o de los enfermos que pueden golpear a alguien sin motivo alguno; en fin, la misma clase de personas que hubieran tenido un hermano gemelo de no ser porque lo enredaron con su propio cordón umbilical todavía en el útero. Alguien con maldad desde el nacimiento.

Anthony estaba sumido en sus pensamientos, sin reparar en la persona de atrás. De haber sido ese el caso, con un pequeño descuido del acompañante, este su hubiera dado cuenta y, si bien no hubiera reducido el paso, al menos sí estaría más alerta por algún comportamiento fuera de lugar, y gritaría hasta que las señoras sentadas en la calle que siempre caminaba rumbo a su casa se enterasen y llamasen a la policía, o a mejor instancia, que ellas mismas hicieran algo. Pero Tony no estaba al pendiente de ello, solo estaba repasando con mentalidad de niño de quinto grado todo lo que había ocurrido en su media jornada hasta ahora.

Había amanecido con el cantar de los gallos como de costumbre, recibió un regaño de su madre por tener mal aliento, a lo que fue a cepillarse concienzudo de arriba abajo, se rellenó su arepa matinal con huevo y mortadela, esperó a que su padre se terminara de alistar para que lo llevara al colegio en la camioneta y antes de que terminara el coro de gallos, ya estaba saliendo de su casa. Vio varios perros jugar en el camino, y sintió lastima por aquellos que escarbaban en la basura, sabiendo que ya a tan corta edad hacían estas prácticas tan antihigiénicas por supervivencia. Hubo un cachorrito que le rompió el corazón al ver que zigzagueaba por una patita atrofiada, resultado de algún conductor desprevenido que, sin conocerlo, ya lo estaba comenzando a odiar. Tony empezaba a construir los pensamientos más jóvenes sobre lo que es el bien y el mal, diferenciando que el bien es aquello que hace reír a las personas y el mal es lo que las hace llorar. Ahora sabía qué actos conllevaban a cada cosa. Si sacaba la basura sin que su madre le dijera, estaba bien, pero si mojaba el suelo del baño al salir de la ducha, estaba mal. Si levantaba la mano en clase a pesar de no saber la respuesta estaba bien, pero si tomaba sin permiso el contenido de la cartuchera de alguno de sus compañeros, estaba mal. Todo el mundo se podía dividir en estas dos ramas, y no lograba entender cómo es que algunas personas disfrutaban haciendo cosas malas, lo que es lo mismo decir que no entendía por qué la persona de atrás estaba caminando.

En el colegio saludó a sus amigos, quienes conversaban sobre la tarea que tenían que entregar: un mapa gráfico de los presidentes del país desde 1900 hasta la actualidad. Como era de suponer, casi todos los niños sacaron el lado cómico al asunto, haciendo burlas de barbas frondosas y trajes que por más bonitos y elegantes que usasen, no podían ocultar la panza de señores que no tenían mucha diferencia con sus tíos. Entregaron la tarea, con algunas típicas excepciones de niños que fueron lo bastante vagos como para no hacerla o suficientemente olvidadizos como para pasar todo su tiempo en videojuegos y demás actividades que los pudiesen distraer. Por suerte y buena crianza, Tony no era así, siempre cumplía con sus deberes por las pláticas que les daban sus padres. Su madre le decía que su padre nunca llegó a graduarse —sin importarle que el señor en cuestión estuviera al lado— y que ello le había costado gran parte de su futuro; ninguno de los dos quería eso para su hijo, por lo que él debía especializarse en alguna ingeniería y ser un brillante miembro de la sociedad; que los pudiera sacar de ese hoyo arcaico y rural. Tony se mostraba bastante animado con la idea, y es que le gustaba estudiar bastante, hasta el punto de colocar pequeñas notas en lugares estratégicos donde pasase para que se acordara de hacer las tareas, una práctica que muchos de sus compañeros empezaron a imitar y que sus profesores elogiaron.

Sacó un sobresaliente en el trabajo final y fue tan bueno que incluso lo colocaron en la entrada de los

salones de sexto grado junto con el de una de sus compañeras, considerando que a los mayores les gustaría tener un apoyo en sus clases de historia. La sensación de victoria con aplausos era una de las pocas cosas que llenaban de alegría el corazón del pequeño Tony Linares. En el recreo fue la clave de la victoria jugando *Policías y Ladrones* al apresar más delincuentes que nadie, con ello digirió los dos enormes pastelitos que comió en la cantina. Pudo decirse que tuvo un buen día, solo quedaba regresar a casa a descansar, comer un poco y quizá jugar con su perro, Pucho.

Pero no todo era color de rosa en la vida de Tony, al menos no durante ese día, ya que el extraño visitante se acercaba cada vez más y más al paso del jovenzuelo.

Su padre siempre lo llevaba al colegio, pero caminaba de regreso a su casa porque el horario del macho alfa no se ajustaba al del cachorro; pero no le importaba, le daba tiempo para meditar y poner en orden sus pensamientos, como quién ganaría en la pelea de la serie que siempre veía en las noches por el canal de deportes con su padre. También le daba aires de madurez, puesto que mientras que los demás niños eran transportados a sus viviendas en grandes máquinas conducidas por padres, madres, tíos y hermanos mayores, él simplemente amarraba bien su bolso y se disponía a contemplar la belleza de lo que ese caminar tenía para darle.

Hacía esto desde el año pasado, y se sentía bien. Saludaba y deseaba buenos días a las señoras en los porches cotorreando sobre quién había salido con la

hija de fulano y de cómo mengano terminó más borracho que una cuba en la plaza del pueblo; también corría una vez tenía que pasar por la casa con los perros más fieros que hubiera visto en su vida: una finca con gran cercado que albergaba en su interior a sendos pitbulls dispuestos a atacar cuanto cosa pasara frente a ellos. Es por eso que, al llegar a ese tramo del trayecto, Tony corría como alma que se la lleva el diablo por temor a que el cercado dejara deslizar lo suficiente los hocicos de esas enormes bestias. También apreciaba el olor de las flores en el camino, con un aroma tan tropical y al mismo tiempo húmedo, se sentía más en casa que nunca, recordando que en su pequeño pueblito, había mucho qué ofrecer en materia de relajación. Luego de cinco calles, dos callejones, una cuesta bastante empinada, un tramo de tierra y unas casitas con niños jugando semidesnudos, llegaría al fin a su casa, sano y salvo, pero no ese día. El acompañante sudaba.

El acompañante sabía la metodológica forma en la que ese niño caminaba, cuando corría por los perros, cuando olía las flores, saludaba a las ancianas, incluso el número de pasos en promedio que daba por los callejones. En ocasiones lo seguía desde su auto o a una distancia bastante oportuna, sin cultivar sospechas, siendo un transeúnte más de la larga lista de miembros en esos barrios. Lo irónico, es que él no pertenecía a ese lugar, por el contrario, vivía rodeado de lujos, en una de las urbanizaciones más cómodas de todo el estado, por lo que no había necesidad de

llegar a los extremos para complacer un capricho. Y este capricho era el de liberar su fuerte carga de estrés. Estrés por la vida tan agitada a la que estaba destinado a soportar día tras día, con gritos de jefes en los que él mismo figuraba a veces e impuesto por pagar que, a pesar de poder darse el lujo de tenerlos al día, consideraba la acción de realizar transacciones demasiado molesta, por lo que debía expulsar todos los males que lo acongojaban antes de que fuera demasiado tarde para él. Y ya había hecho demasiadas cosas para ello: alquilaba mujeres que satisficieran aquello que su mujer no podía, hacía tanto ejercicio que sus músculos a veces le pasaban factura cuando en su mente aún podía continuar más y más, e incluso había ido a antros pecaminosos donde personas de su mismo sexo lo trataban de complacer inútilmente. Nada funcionaba, por lo que ahora iba a sucumbir ante actos un poco más osados, como lo era el juego con aquello que nunca pudo tener.

Durante un paseo en su automóvil, se percató de un infante no mayor de diez años, que caminaba firmemente hacia un destino particular, su casa, supuso. El niño era delgado y de cabello negro, finamente cortado con tijera por su propia madre, quizá, eso denotaba la precaria condición económica que enfrentase, pero eran todas figuraciones un tanto forzadas; necesitaba pruebas contundentes de que el niño vivieran en la pobreza. Pasando las semanas de viaje en viaje, ojeando al pequeño dar la misma cantidad de pasos y haciendo los mismo gestos en los lugares tan especí-

ficos —y el uso de un mismo uniforme durante tres días seguidos, sin importar la enorme mancha verde a uno de los costados, quizá salsa de algunas empanadas del lunes—, se dio cuenta que era una víctima bastante predecible. En ese caso, ya había luz verde para actuar. Nadie extrañaría a un pequeñín pordiosero. Su alma se llenaba de envidia por eso.

Armó un plan infalible, a prueba de tontos o entrometidos, tan perfecto que hasta le dieron escalofríos de las repercusiones que pudiera generar eso, y cuando se preguntaba si no era muy larga la ruptura que había hecho en la pared de la decencia y lo moralmente correcto, se excusaba pensando en su propio placer, con todo el confort que tendría una vez haya efectuado todo.

Las condiciones de ese día se habían prestado a su favor, y rezaba por que el infante hubiera tenido por lo menos una mañana productiva en clases. Finalizando la jornada no sabría si estaría vivo o no, aunque eso es lo de menos, dijo él.

En su interior lograba ocultar un objeto a la vista del público, sea un cuchillo con el cual pudiera desollar la piel tan suave del cuerpecito a su frente o un arma de fuego, que de solo un estruendoso rugido, pasaría a tener un miembro más a su colección de abrigos; lo tendría en caso de que la cosa se pusiera engorrosa y tuviera que realizar su deseo egoísta en menos de diez segundos, no logrando sentirse completamente realizado, pero siempre había más niños en los colegios. También pudiera ser un bulto en sus pantalones.

nes aquello que escondía, justo entre sus piernas, con más capacidad de crear daño psicológico que físico. Y el daño psicológico de por sí ya lo tenía él desde los cinco años, momento en que comenzó a matar a los primeros gatos de su cuadra con piedras. Hurgaba en los huesos, dejándolos sin rastros de carne, lo que según él llamaba *limpieza*. El daño psicológico también lo había adquirido luego de las visitas de cierto primo en las fiestas familiares, conllevando un estrés y ansiedad enorme por cada una de las tertulias venideras; por ende, al momento de mencionarle el nombre de su primo, un fino hilo de orina le asaltaba los pantaloncillos, cosa que le duró hasta los doce años. Sin embargo, no le apetecía tanto el daño psicológico. En cambio, el proveer daño físico fue adquirido por obra y gracia de su mente retorcida. Se podía imaginar las manitas del niño tratando de buscar una salida, desesperadas por escapar de las garras de su nuevo mejor amigo, el último que tendría.

Su hogar era demasiado perfecto como para ser el escenario de una atrocidad, así que había logrado comprar un chalet en la vía entre ciudades, lugar donde nadie puede escuchar gritos a doscientos metros a la redonda. Lamía sus labios por la sensación tan excitante que tenía en su fuero interno.

Su capucha negruzca pudiera darle un toque sospechoso, pero era la única que podía abarcar un pañuelo y jeringas con líquido para dormir de acción inmediata. Había estacionado su auto justo en el lugar que daría el golpe maestro, por lo que no tendría que

correr en ningún momento. Solo tomaría el cuerpo y listo. Que comience la *limpieza*.

El sudor bañaba su cara, veía la caminata del niño tan empeñado en llegar sano y salvo a casa, pero sin darse cuenta que estaba a punto de ser principal testigo de uno de los actos más viles que se le pudiese hacer a otro humano. El compañero de caminata temblaba, quizá por no saber qué hacer con el premio una vez obtenido. Se podía ver en el auto emitiendo enormes gritos de victoria y felicidad, o simplemente viajar en silencio, dejándose llevar por la naturaleza rebosante de la zona.

La vida era sencillamente exquisita en ese pequeño pueblo, donde nada malo ocurría, donde las muertes estaban presentes, claro, pero no eran un pan de cada día; en el periódico a veces, al no encontrar un acontecer que pudiera abarcar la última página, lanzaban refritos sobre antiguos acontecimientos, o exponía casos ajenos a la zona. Era un lugar donde los niños podían irse a sus casas luego de clases de manera tan segura, que las viejas de la cuadra servían como cámaras de vigilancia para cualquier acontecimiento sospechoso. Pero un extraño suceso ocurrió ese día; los planetas se alinearon en favor de los malos, pero sin conceder a los lectores una muestra detallada de todo el terror que se pudiera desencadenar una tarde pacífica en un pueblito pacífico. Lo único inusual, fue una figura caminando a gran velocidad, pareciendo que iba a rebasar a uno de los niños del colegio *Santa Madre Aurora*. No se volvió a ver una vez llegado al tramo floral de la

zona, donde la vista de las ancianas ya no tenía poder. El destino era incierto, y lo que ocurrió después, tuvo que ver con el grito que se escuchó a varias cuerdas de allí. Se había cometido algo terrible.

Tony iba silbando una de sus canciones favoritas —aprovechando de que había aprendido a silbar la semana pasada, y terminó siendo una afinidad que dominó con rapidez—, canción que había escuchado en la radio la semana pasada, siendo un futuro éxito internacional. *Quizá pueda aprender a tocar algún instrumento*, dijo el infante. *Quizá pueda dar un concierto, mostrarle a mi mamá que sí podré ser alguien importante, y así, ser rico y comprar muchos videojuegos, y mostrarle a los demás niños lo genial que soy.* Pero antes de eso, tenía que hacer la tarea, lavar los platos y mantener lejos a los animalejos extraños de la casa. Todo valdría la pena algún día, pensó él.

Hyperdontia

No siento mi cuerpo, pero aun así sé que estoy vivo. Desde el momento en que entré a la sala, supe que el ambiente frío iba a reinar en mi ser, la cama tan helada como un corazón me lo confirmó. No puedo hablar, por la anestesia y porque si lo hago, muy probablemente le arranque un dedo a alguno de los doctores que empeñará una ardua labor en volver mi boca de mierda algo *socialmente aceptable*.

La hiperdoncia ha dominado mi boca desde los cinco años, y es increíble la cantidad de *suplementarios* que albergo; nadie me ha dicho la cantidad exacta, pero sé que está demasiado lejos de ser considerado normal. Puedo alegar esta condición a mis padres, a mis abuelos, a mi ambiente o simplemente a mí mismo, como un castigo autoimpuesto por ser tan malo de pequeño, a pesar de no recordar el haber cometido atrocidades a esa edad.

Los demás niños sí lo hacían. Veían mi boca, con pequeños picos sobresaliendo de ella y empezaban a reírse a mis espaldas y frente de mí, inventando cuanto insulto pudieran. Desde el principio de mi vida, entendí un pensamiento que se viene a realizar ya cuando una entra en la madurez: *los niños pueden llegar a ser muy crueles*. Lo sé. Lo viví. El peor insulto que me podían decir, irónicamente, era el de *monstruo*.

Fue a tal punto de burlas y humillaciones cuando en verdad me llegué a considerar un monstruo, y con cada

nuevo pensamiento, cada nuevo *suplementario* llegaba. No podía por lo menos tener la dicha de que todos ellos se alojaran en mi paladar o bajo mi lengua, lejos de la vista del público, sino que buscaban una manera de salir y ver el mundo así abriera la boca o no.

Aparecían un par de veces al año, causando sensaciones nada agradables. Durante esos periodos, las sopas eran la salvación por su textura, pero las llegué a aburrir con rapidez, aunque prefería estar comiendo algo que odio en vez de tener un dolor que me hiciera doler la vida misma. Existía con el miedo constante de morderme la muela al masticar de la forma más común.

Cepillándome todos los días, tenía que enfrentar una visión de una batalla entre caninos, incisivos, muelas y *suplementarios* tan horrenda y grotesca, que haría que cualquiera se asustara como si viese al mismísimo hombre elefante o algo así. Preguntaba ¿por qué a mí, específicamente? ¿Por qué no pudo ser Kevin, aquel que tanto se burlaba de mí en clases? ¿O Eyran, la chica que me gustaba, que se jactaba de ser tan hermosa que podía presumir de cuanto hombre tuviera a sus pies? Quizá con una boca así, ya no se burlarían o dejarían de ser tan atractivos. Eso me hace recordar un par de sueños que tuve en mi infancia, donde tenía visiones bastante curiosas sobre un mundo en el que todos sufrían de esta condición, con enormes perlas sobresaliendo de sus bocas, haciéndolos ver como seres sacados de las películas de terror antiguas; hablando con siseos y dando intentos de besos

más incómodos que sonreír para una foto escolar — al menos en mi caso—. Cuando despertaba de estas imaginaciones, tenía la esperanza de que no hubieran sido solo eso, y que la realidad en la que vivía fuese el verdadero sueño, pero al ver las bocas de mis padres en tan perfecto estado me hacía entrar en razón: yo no podía tener una vida feliz.

Recordaba los cuentos de mis padres sobre la tal *Hada*, que colocaba billetes en las almohadas de los infantes, teniendo el único consuelo de que a mí me iban a dar más dinero por tener más mercancía para ella. Solo tuve unos cuantos céntimos por la acción, y por cada uno que mudara, llegaban dos —era el único pensamiento confortante según mis padres—, pero esos gemelos nunca se caían. Hasta el punto en que llegué a pensar que el Hada me había maldecido; de la misma manera en que Santa les trae carbón a los niños malos, el Hada te hacía la boca de acero por avaro. Un pensamiento que contribuyó a mi humildad de niño. Hablando de niños, en el colegio —siguiendo la línea de eventos de la infancia—, intenté agarrarme a puños y patadas con uno por burlarse de mi dentadura, sin que este supiera mi malicioso plan, que era solo hacer que me golpeará en la mandíbula y que así tirara unas cuantas perlas. Recé en mi mente para que así fuera. Pero el mal nacido me golpeó por cada centímetro excepto por el rostro; cuando le pregunté el porqué del asunto en la oficina de la directora, era porque yo le daba asco. El monstruo volviendo a atacar.

Mi hermano era una de las personas que más odiaba, por tener solo dos suplementarios y haberlos podido expulsar por cuenta propia en su adolescencia, dejándome todo el peso a mí. Dejó la casa al momento en que pudo conducir y no tuve más contacto con él. En cierta forma, creí que se quería librar de mi rostro, el cual le recordaba aún su pasado hiperdóntico. Sus hijos salieron con bocas *normales*, mientras que yo pasaba mis salidas con tapabocas abultados que solo generaban curiosidad a los transeúntes.

El suicidio pasó por mí desde el momento en que mi virilidad empezó a notarse. Pensaba que podía repeler a cualquier señorita con solo sonreírle, y que encontrar una de esas mujeres que terminan por casarse con los gordos más gordos del mundo, o con los gemelos siameses de india, o el psicópata de Estados Unidos, sería como buscar una aguja en un planeta lleno de pajares planteados. Esa clase de suerte no me sucedía, con solo mirarme al espejo lo sabía.

A veces, en el estupor de mi cuarto, pasaba largas, y me refiero a muy largas horas en el computador, buscando sitios de *crea tus avatares*, único lugar donde podía personificarme a mí mismo con la boca más pequeña que encontrase, en vez de colocar muescas de demonio, muy a pesar de la realidad. La depresión alcanzaba su punto máximo con estas aplicaciones de cambios faciales, donde me mostraban como un ser humano *normal*, similar a un Brad Pitt o un George Clooney. Ahora odié la fantasía que la tecnología podía crear para mi placer. Solía tocarme viendo pe-

lículas para adultos, imaginando que yo era el actor principal que podía acostarse con todas esas señoritas hermosas, fantaseando con posiciones exóticas, y saltando la parte del sexo oral, pues, por obvias razones. El riesgo de una operación a edad tan corta se hacía notar, es por ello que nunca se pasó esta posibilidad por la mente de mis padres hasta mis doce años. Si se hacía, los orificios vacíos podían generar ahora dos unidades que daría como resultado más series de operaciones y toda una vida de sala médica a sala médica, ya me había pasado antes, en cierta ocasión que mudé uno flojo que tenía. Mi vida era un infierno. Un infierno lento, que cada día se hacía peor por el miedo constante de que un nuevo soldado se iba a alzar en la escapada de mi boca.

Mis padres hicieron lo que pudieron para que un niño con hiperdoncia pudiera tener una vida feliz, con juguetes y dulces por montón, pero eso no aliviaba el daño en mi corazón al momento de tener que sonreírle a otra persona deseándole un feliz día, o riéndome tras un chiste para que luego la risa fuera dirigida hacia mí. Además, ¿dulces para un niño hiperdóntico? Es como regalarle un juego de cuchillos a un doble manco.

Tuve mi primera amiga a la edad de quince años.

Yo la quería tanto que llegué a decir que la amaba, y solo porque ella sí me sonreía de retorno una vez yo le hubiera dado un cumplido. Un cumplido del *monstruo*, patético y soso, pero sincero como él mismo. Por un momento llegué incluso a pensar que era mi

mujer-que-se-casa-con-el-hombre-más-gordo-del-mundo, pero todo se derrumbó un día de diciembre, cuando me presentó, tras cinco años de amistad y defensa hacia bravucones, a su novio, Rodrigo, quien era el vivo reflejo de la soledad que me esperaba a partir de ahora. Lo primero que noté en Rodrigo era su sonrisa, pulcra, con soldados en fila india perfectamente alineados, tan blancos como la Virgen María, y tan bellos como un beso al atardecer, cosa que sabía, nunca podría tener. Había pasado por frenos y blanqueamientos, otorgándole una vista diez de diez a quien sea. Yo le caía bien, pero en el fondo detestaba a ese ser que sin esfuerzo arrebató mi pedacito de felicidad. Incluso pensé que mi amiga lo usó como una cruel broma hacía mí, buscando un muchacho con dentadura perfecta para decirme indirectamente “ja, te la creíste”. Nunca podría ser totalmente amado, y lo único que me esperaba era una tumba en medio de la nada, con mis árboles blancos creciendo y todavía apareciendo por cantidades hasta el fin de los tiempos. Cualquier persona que profanara mi tumba se encontraría con un espectáculo de un solo hombre. Me lo imagino:

“Vengan a ver al cadáver del hombre colmena, aquel con tantos orificios como desdichas en vida”.

El asunto era incluso gracioso.

A los dieciocho años, cansado del maltrato que me dio la vida y la sociedad por tener una boca tan grotesca, tomé un alicate y apunté hacia mi paladar, donde radicaba una de las muelas de mayor tamaño, que

a veces lastimaba mi lengua al cerrar bruscamente la boca. Jalé con todas mis fuerzas, sintiendo un pinchazo horrible, pero desistí al comprobar que era como sacar un tornillo que estuviera totalmente ajustado cual aguja de un corcho se tratase. Todo era inútil. Así era mi vida hasta este día. Verme al espejo babeando sangre me hizo sentir apático y derrotado.

Pero entonces, ¿había un escape de todo esto? Técnicamente sí, y era esperar hasta llegar a una edad madura, cuando los suplementarios dejaran de invitar gente a su fiesta y así, al tener la casa llena, hasta el punto de que nadie más pueda entrar, era cuando sabíamos que la locura en mi boca había parado y que podíamos despedir a todos a las patadas.

Se buscó a varios doctores para semejante trabajo, que sabíamos no iba a ser barato, pero con todo el esfuerzo del mundo y ayuda de mi hermano en un último gesto de caridad lastimosa, pudimos darnos el lujo de encontrar a un dentista de la India, que tenía el récord de haber mejorado el compendio dental de una mujer con la nada humilde cantidad de treinta y seis suplementarios; toda una maravilla. Veía fotos de la mujer antes y después en el artículo de una revista de renombre en materia odontológica, y era sencillamente insano el poder que ese doctor debiera tener en sus manos para poder dejar esa boca tan desastrosa como la de una reina de Europa. La operación resultaba tan costosa como una a corazón abierto, pero mi hermano ayudó vendiendo uno de sus autos; lo tomé como el mayor gesto de generosidad que al-

guien hubiera hecho hacia mí desde siempre, y vino desde una de las personas que más llegué a aborrecer en mi vida. Me sentía mal ahora. Me sentía mal con todo lo que pasaba. Fue entonces que en verdad me sentí como un monstruo.

Había trascurrido veinte años desde que el primer suplementario apareció por la mañana, causándome pesadillas y fiebre, ahora la fiesta estaba llena y a punto de acabar. Desde hacía unos años nadie más se había presentado, y era momento de atacar.

El doctor viajó y revisó mi boca en un hospital de la capital, diciendo que sería pan comido en su idioma tan estrambótico. La fecha de la operación estaría pautada luego de un papeleo interminable, donde yo explicaba quién era, donde vivía, desde hace cuánto que padecía esta condición y qué me impedía hacer.

Pues el comer nunca fue un problema con tanto nuevo hueso que apareciera; cualquiera pudiera pensar que podía machacar mucho mejor la comida, pero la realidad era que mucha de esta se quedaba atascada entre los compartimientos y espacios seleccionados para hacer mi vida miserable, lo que lograba pasar quedaba como una papilla minúscula, como si fuera más sopa; lo más molesto era el momento del cepillado, cuando trozos enormes de comida se quedaban atorados en literalmente cualquier parte, tenía que cepillarme hasta tres veces para lograr un hogar limpio y lejos de sobras de carne o papa. Solo un cuarto de lo que comía terminaba en mi garganta, y tardaba tanto en cepillarme como en la misma acción de co-

mer. Consumir naranjas era un martirio que hice solo dos veces en mi vida. El hilo dental era impensable, simplemente para un par de orificios es que servía, ya que el resto se veía bloqueado su paso por paredes dentales tan meticulosa —y cruelmente— colocadas como un laberinto de nivel experto.

Jugaba de vez en cuando llevando mi lengua entre los orificios y pasos libres de mi boca, contando cuantos *suplementarios* y cuántos originales tenía; en un par de ocasiones, recuerdo, me llegué a dar cuenta que tenía un miembro más, deprimiéndome. Era a veces mi equivalente a contar ovejas antes de dormir. Cerraba los ojos y me veía con una sonrisa como la de los famosos; mientras que el sueño de muchos era el de tener fortuna y fama, el mío era solo poder tener una boca normal.

La duración de la operación iba a variar dependiendo de cuánto se complique la extracción y acomodamiento de todo el aparataje dental; sería extraer la unidad y sellarla con cuanta crema selladora se use en ortodoncia, y si es necesario, mi boca quedaría como una selva tras la inmensa cantidad de puntos que fuesen a haber. Me dejaron una semana para que meditara y reflexionara un poco antes del espectáculo; fue una espera horrible.

No obstante, pude descubrir un aspecto en mí que no conocía antes, y era el dominar el poder artístico. Usé la cámara digital de la familia para fotografiar pequeños objetos cuando tenía que esperar mi turno para bañarme: comencé con unos tornillos, luego con al-

fileres, pasando por semillas hasta las frutas mismas. En menos tiempo del que pensé, había perfeccionado varias técnicas de la fotografía que jamás llegué a considerar como algo factible en mí. Un rayo de esperanza se iluminó en mis dedos. Aquel objeto que retrataba segundos, diseñado para amenazar la estabilidad mental y la autoestima de seres como yo, me extendía ahora sus manos para que me consagrara en él como un artista, sin que nadie llegase a ver jamás el rostro del personaje accionante de obturadores. Dije que una vez terminada la operación, me incluiría en cursos de fotografía profesional, para pulir más mis habilidades y hacer de esa mi profesión.

La escritura también estuvo presente. Dos días antes de iniciar la masacre dental, me senté en mi escritorio, con la cámara totalmente descargada tras una tarde de fotografía intensa, abrí un cuaderno y me dispuse a hacer garabatos. De pequeño, dibujaba muchas bocas, con dentaduras perfectas, idealizando la mía de formas respetables y para nada *monstruosas*, ahora esos trazos se volvían palabras, y las palabras cobraban sentido:

Tú, quien en mi alma guardo como un tesoro inexplorado, has de estar en constante cambio para que te pueda apreciar de nuevas maneras una y otra vez. Nunca podrás ser mía en cuerpo, pero en alma, donde no decidimos qué hacemos en el plano terrestre, puedo poseer tu piel para tocarla lentamente y así palpar cada lunar, cada cicatriz y cada mancha que te hace humana. Pero, porque siempre hay un pero, por ahora, mi relación hacia ti se vuelve distante, y todo por el temor de que

a mi apariencia le temas así como le temo yo; que me dejes en el olvido, de forma irónica, puesto que en mí, no hay momento en que no te recuerde.

La verdad es que me gustaba mucho lo que había escrito, y de igual manera que la fotografía, quise que la operación se apresurara para poder enfocarme en estas prácticas, visualizando un futuro brillante por ambos lados. Sería la primera persona con hiperdoncía en ganar premios en ambas ramas, llenando así de orgullo las bocas de todos aquellos pobres diablos del mundo que piensan que esta condición es el impedimento más grande en existencia.

La mañana de ese día (hoy), estuve mirándome en el espejo por un largo tiempo, como de costumbre, pero esa sería la última vez que fuese a contemplar la visión de una horrible criatura con colmillos en partes que no debiera. Las manos de ese doctor me harían sentir mucho mejor, seguro que sí. Podía darme el lujo de imaginarme incluso más guapo de lo normal, sin un hocico prominente, hablando sin siseos y dando besos en la pantalla grande. Todo un galán. En las fotos de otros pacientes con la condición a veces se podía encontrar a alguno con suplementarios saliendo incluso de su nariz, y en cierta medida me alegraba de no estar en esos extremos, pero no era cosa para vanagloriarse. Tendría suerte si podía sacar algunos usuarios molestos de mi boca, con tan solo diez de ellos yo quedaría conforme. Me tomé una foto en el espejo y quedé mucho tiempo viéndola, contemplándola; diciéndome que era la última

vez que vería a esta persona, y que la próxima que la tuviera frente a mí, ya no la reconocería.

La sala de operaciones estaba demasiado fría, una brisa artificial hizo que los suplementarios temblaran, y eso me alegró bastante. Les dije que ya su marcha iba a terminar, que me iban a dar medicinas para que el calcio en mi cuerpo dejara de estar tan loco y que ahora iban a estar en un pequeño frasco sobre mi mesa de noche. Hasta nunca, fue un placer, adiós.

El traductor del doctor dijo que era una operación muy delicada, así que no se podía distraer un segundo; iba a forrar mi boca del anestésico de su invención —lo suficientemente potente como para dormir a una tropa de elefantes, esperaba— para que fuese a pasear en un campo primaveral; un par de pinchazos y listo, todo el helado que pudiera comer. Casi tenía ganas de lanzar un chiste como “*aprovechando, extírpeme las amígdalas, doc*”, pero él no lo entendería, y perderíamos tiempo valioso. Solo le pude decir como última cosa, un *gracias* de lo más sincero en su mismo idioma, ya que lo había buscado la noche anterior. Él me respondió de igual manera, pero secamente, como si estuviera apurado para ir a alguna fiesta y tuviera que hacer esto rápido; el traductor me dijo que había respondido *no se preocupe, siéntase*. Noté todo el salón, que con un filtro sepia pudiera lucir como el salón de un hospital psiquiátrico, con sus utensilios en perfecta posición y esas paredes con baldosas tan brillantes, son como una oda a la preocupación y la desesperanza, sentimientos que trataba de apartar

de mi cabeza justo en ese momento. Fuera de esos pensamientos tan lúgubres, el ambiente se sentía muy bien, con bastante seguridad, cuando el doctor tocaba mi boca, podía sentir toques directos y firmes, lo que me hacía decir *este doctor lo logrará, domará a la bestia y la dejará como un príncipe*. Casi podía sentir una lágrima corriendo por mi rostro de la emoción.

El doctor, con un pulso increíble, insertó una aguja enorme en mis encías, dolió bastante, aunque ya me había acostumbrado tras años de ida en ida al consultorio. Mi lengua se empezó a quedar quieta, y de no ser por el efecto del anestésico que hacía que mi cuerpo se petrificara, me la hubiera tragado entera. En cualquier momento surtiría el efecto de la inyección, y me dejaría tan bruto que incluso pudiera olvidar mi nombre; pude sentir cómo poco a poco mis ojos se iban cerrando, pero los toques del doctor hacia mi boca seguían estando firmes. Eso me preocupaba un poco. La preocupación se convirtió en horror cuando, tras una inspección brusca de mi aparato dental, podía figurar en mi mente —que se suponía debía estar en algún lugar lejano, donde los elefantes anes-tesiados se iban— los empalmes rutinarios. ¿Es que acaso la anestesia servía del todo? Comprobé esta hipótesis al sentir que pasaban dedos por los orificios que creé cuando tuve la descabellada idea de arrancar la muela gigante por mi cuenta. Mi cuerpo poco a poco dejaba de responder a mis llamados.

Pero seguía en él. No sentía mi cuerpo, pero sabía que estaba allí, como si mi alma saliera de su cápsula

y deambulaba por el salón, solo que unos toques en mi boca me hacían volver a la realidad. En pocas palabras: mi control sobre mí era inútil, pero mi sistema nervioso estaba más alerta que nunca. Las inspecciones eran toques bruscos, y tan reales como la unión de mis párpados entre sí. Algo me estaba preocupando, y era eso mismo, la unión entre dedo enguantado y mi boca, podía sentirlo todo, y de ser ese el caso, la operación sería el infierno en vida. No, no podía ocurrir eso. No a mí. No.

Era momento de hablar, pero de mi boca solo podía correr el aire que me mantendría con vida, aparte de un montón de separadores de farabeuf que me hacían lucir como un estereotipo de película de ciencia ficción. El metal frío ahora se sentía más, como si perdiera el tacto en todo mi cuerpo excepto por una parte fundamental la cual iba a ser sometida a torturas inimaginables. Tenía que ser justamente esa, ¿cierto? Lo único que podía hacer era rezar en silencio, en mi mente. Ni siquiera mis ojos podían despegarse de los párpados para informar con una simple mirada *Hey, todos, sigo despierto, este anestésico es una reverenda mierda, así que paren antes de que me maten y los demande por ello*. Los sonidos se aguzaban, los taladros de la sala contigua perforaban mis oídos a la par en que ellos lo hacían en bocas ajenas; ya yo los había conocido cuando a uno de mis nueve caninos le había salido caries por montón, siendo uno de los pocos que me tuvieron que extirpar, dando paso a un par nuevo de incisivos. Y sí, dolían un montón, aunque

en esa ocasión el dolor fue calmado con una serie de inyecciones cortas, nada de qué preocuparse.

Mi boca hacía el trabajo de los ojos, viendo todo lo que ocurría, percibiendo el sabor del agua con sabor oxidado que colocaban poco a poco para ver si la cánula servía correctamente. Cada toque de los dedos enguantados y su sabor a látex tan peculiar me servían de preámbulo para lo próximo a venir.

Con mi vista obstruida, mi gusto debilitado, mi control de movimiento vuelto un asco y mi sentido del olfato inmutable, solo quedaban mis orejas para hacerme saber el tiempo con el que ocurría cada cosa: El doctor se acomodaba sus guantes, apretándolos más y colocaba los utensilios en su mesita.

Acercaba la luz cegadora de la mesa de operaciones. La cual encandilaba mis párpados y los hacía estar calientes.

Los sonidos de los utensilios al ser probados bloqueaban el diálogo de los demás seres en la habitación.

Una de las manos comenzaba a hacer la inspección de rutina. Contando...

Ocho caninos, diez premolares, tantos incisivos, no sé-cuántas muelas.

Estaba perdiendo la audición.

Maldita anestesia, actuaba en todas partes; no podía mover los dedos del pie, ni mi nariz —aparte del movimiento natural al respirar— para alarmar a alguien. Quería gritar por el pánico que se formaba en mi cabeza, la cual estaba llenándose de pensamientos confusos y colores entremezclados, haciéndome des-

concentrar de la pinza que estaba acercándose a las primeras cavidades.

Comenzarían con los *pre-incisivos*, justo en el paladar, una maravilla. Aquellos que me hacían lucir como un tiburón teniendo doble hilera de prepara-cebiche. Al pasar ciertos aparatos entre la hilera principal y la suplementaria, supe que el dolor estaba comenzando, al separar de manera brusca —para mí, porque para ellos era primavera— las dos partes, como si el dentista olvidara que esas cosas están como extensión de hueso ¡del maldito cráneo!

Escuchaba un sonido metálico y agudo. Bzzzzz. Como el zumbido de una abeja, a las cuales siempre les tuve un pánico extremo debido a mi alergia. Ahora una de esas abejas se acercaba peligrosamente a mi boca, comenzando a taladrar las bases de uno de los *pre-incisivos*, generando la mayor punzada que podría alguien soportar en vida dentro de mi boca. El espacio tan reducido entre las unidades era tal, que el instrumento serruchador tuvo que contorsionarse de maneras imposibles para poder pasar a través de las cavidades; en ocasiones, a raíz de los espacios tan estrechos entre cada uno chocaba con otros suplementarios, alisando tres víctimas a la vez. Mi sistema nervioso sintió la chispa, que comenzaba el recorrido hacia cada rincón de mi cuerpo. En anatomía, recordaba que el sistema nervioso era una enredadera de cables que iban desde la punta de nuestra cabeza hasta el final de los dedos del pie. Sentí como si todo el sistema ardiera desde dentro, quemando a fuego vivo

las extremidades y las carnosidades en ella. El ruido de concreto rompiéndose saliendo de mi boca era lo único que yo podía encontrar como verdadero distractor de la carnicería que estaba a punto de formarse. Este era el equivalente a recibir una electrocución de varios vatios en una parte específica de tu cuerpo, logrando que incluso todo rincón en él se mantuviera alerta y bien despierto. Lograba sentir a la distancia pequeñas esquirlas marmoladas que se querían colar por mi garganta (lo cual hubiera sido peligroso), pero lograban ser atajadas a tiempo, pero manteniendo las respectivas arcadas de rigor.

Es cuando más traté de que mi cuerpo diera alguna señal de vida. Ni siquiera por inercia al tocar un punto sensible mi cuerpo sucumbió. No dio la más mínima muestra de que estaba consciente del daño que se le estaba haciendo a su boca. El líquido vinotinto llegó a mi garganta, pero no a la lengua, por lo que no sentí su sabor metálico. Supe que era este por su pesadez; la cánula succionó todo antes de que lo tragara. Para los testigos debía ser una escena de lo más lastimosa. Y estaba a punto de ponerse peor.

Con una pinza —deduje yo—, el condenado extranjero tomó el suplementario, y con suma delicadeza, procedió a retirarlo, causando un martirio en mi mente, cuerpo y alma, viendo el infierno y el cielo al mismo tiempo. Usé todas las fuerzas que tenía para mover solo la punta de mi dedo; e incluso pensé en tanto momento dramático en mi vida por el cual valiera la pena llorar —mi vida en sí era un buen tópico por el

cuál llorar—, así brotaría una lágrima que anunciara a los doctores que me estaba realizando cada detalle de la operación. Todo eso para llevar apenas una primera muestra de las miles que faltaban.

Rogaba que mi mente me sacara de esa situación, excavando los lugares más recónditos de la misma, como la primera vez que comí helado, o cuando podía descansar en mi cama luego de toda una jornada de haber sido burlado y ofendido por los demás niños. Pero cuanto más hacía esto, más rápido llegaba el siguiente *bzzzzz*, raspando la placa de algún otro suplementario, quebrando mi estabilidad mental.

Sería este el mismo dolor que sienten las mujeres al momento de dar a luz, me dije. O sería algo mucho peor, pero *leve* no encajaría en ninguna parte. Solo me preguntaba por qué me tuvo que pasar eso a mí. A mí, quien ya había sufrido psicológicamente lo suficiente como para tener garantizada la entrada al cielo, me tocaba soportar todo el *bzzzzz* y *cracks* que se estaban formando allá adentro.

Unas cuantas gotas salpicaban mi nariz, y me hacían olfatear la humedad del ambiente cercano a ella. Pequeñas partículas de agua, saliva y sangre bailando por mi rostro, al ritmo de la música del maestro ceremonial, con sus instrumentos de tortura inoxidables. El gorgoteo de la cánula era tan divertido como un día de campo, y solo imaginarme al pequeño tubo plástico transparente llevando mi exceso de sangre era como para tomar foto y enmarcar en la sala de estar, justo al lado de la mesa con la cena servida. De

vez en cuando pasaban una toallita por mis labios, eliminando las gotas de líquido.

Otro suplementario salió como la mantequilla, habiendo tenido la ayuda y espacio extra que dejó su compañero anterior. Las hebras de mi paladar carcomido revoloteaban con mi aliento, mi lengua las sentía, y con cada toque era un nuevo dolor. Aún faltaba que se cocieran como los pantalones del colegio, con hilos negros que tarde o temprano tendrían que quitarse para dejar solo un campo de guerra antigua como regalo. Escuchaba el caer de los soldados en una bandeja de plata, haciendo un ruido grosero. Y perdón si sueno un poco exagerado, pero con cada extracción, sentía mi cabeza más ligera, pero la mente mucho más pesada.

El doctor en su lengua materna se jactaba del buen trabajo que estaba haciendo, aunque para mí fuesen solo sonidos distantes, dándose pequeños lujos como reír tras un chiste, tomar refresco de vez en cuando y tronarse los dedos. Debía ser un trabajo difícil, doctor, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

Lo maldije como si no hubiera un mañana, a él y al anestésico, que lo único que hizo fue dar pinchazos a mis encías y luego atontar mi cuerpo. Con solo un soplado de más, un leve cambio en mi respiración, cualquier cosa, iba a ser más que suficiente para terminar con todo eso que estaba pasando. Si solo pudiera abrir un poco mis ojos.

Solo un poco.

Mis globos oculares iban de un lado a otro en sus cuencas, alborotados sin ver nada más que el color

amarillento de la luz operacional a través de los párpados. Ni siquiera mis pestañas estaban moviéndose. Si alguien me hubiera abierto los párpados, moriría de risa por el juego tan cómico que hacían las pupilas, yendo de un lado a otro. Luego vino la tercera ruptura. Cualquiera pudiera pensar que ya me acostumbraría al dolor luego de un par de idas, pero no, era como comer algo que no te gustaba, en mi caso, las manzanas. Nunca pude soportar las manzanas; tenían para mí un sabor bastante pastoso, y los trozos se volvían como algodón entre los espacios de mi boca. Sabor y sensación horrible. Así que, por cada vez que comiera una manzana, habría arcadas, sin importar cómo fuese preparada. Sin importar cuántas veces me tengan que despojar de una parte de mi cráneo amorfo, me seguirá doliendo como la primera vez. Una o dos docenas de abortos, tan dolorosos en metáfora como en la vida real. Al llegar al quinto, no aguantaba mi alma. ¿Por qué mierdas no me podía desmayar?

Parecía como si me desprendiera poco a poco de mi ser. Un fino velo que dejaba mi piel para observar con hórrido detalle la locura que estaba ocurriendo. Un joven en la primavera de su vida siendo despojado de huesos sobrantes en una práctica que bien pudiera pasar desapercibida como un ritual diabólico. Suplementario afuera, y afuera, y afuera. Más daño adentro, y adentro, y adentro. Quería que mi condición solo se limitara a algunas cuantas plaquitas rutinarias que fuesen como quitar un cuerito de los dedos. Que doliera como es debido, pero que no se exagerara.

Visualizaba mi paladar abierto, descubriendo gran parte de mi roída calavera, algo que agradecía no ver en persona, pero que maldecía sentir. Los breves recesos mentales que tenía el lujo de darme los gastaba en imaginarme normal, y hasta teniendo una nueva perspectiva de cosas como mi voz, la cual cambiaría considerablemente después de la operación. ¿Cómo sería mi verdadera voz? ¿Me costaría hablar tras todo esto? ¿Tendré piel colgando de mis labios? En tal caso, no sería rara la posibilidad de pensar que al finalizar este proceso, pueda a empeorar mi apariencia física. Un mal por otro.

El sexto o séptimo presentó dificultades “hijas de su madre”. En cualquier idioma que estuviera hablando este loco, le podría entender. Las raíces darán guerra, por lo que hay que actuar cortándolas delicadamente. Pudieran estárselas viendo con uno de los primeros suplementarios. El vocero traducía todo para los demás miembros presentes —y para mí, claro—, y a juzgar por los términos avcinados en tema, diría que habría que usar más taladros, más pinzas e incluso, una segunda cánula. Esta parte sí tendría que hacerse rápido, porque la pérdida de sangre estaba a la vuelta de la esquina, y nadie quería que este delicado paciente pereciera sin haber sabido por qué. Pero que me corten en dos si no estaba presente en cada momento, odiando a muerte el hecho de vivir; vivir con la boca vuelta un asco, pero principalmente por vivir. Por haber llegado al mundo lanzando una sonrisa desdentada que de seguro a mis padres les habrá parecido en

extremo adorable, para que al pasar de los años, fuera llenándose de capa tras capa de objetos calcificados en cantidades sobrehumanas. Otorgándole así a este ser común y corriente el apodo de *monstruo*. Es como si hubiera nacido con el nombre bajo la manga.

¡Cielos! ¡Quiero morir! Esto es llevar el dolor a un nuevo nivel. No sé si sea posible, ¡pero con un demonio! Puede que en serio llegue a morir. Nunca tuve el reparo de buscar en Internet si alguien podía morir de dolor extremo, a pesar de estar controlado. Supongo que sí. Pero a este punto —maldición, las raíces están demasiado profundas, como si el interior estuviera hecho completamente de venas microscópicas diseñadas solo para causar dolor— quisiera morder mi lengua lo bastante fuerte como para causarme una idea directa a villa paraíso.

Oh, no.

¿Qué pasó?

¿Acaba de...?

No lo creo. No creo que sea posible.

Al doctor se le ha roto el suplementario.

¡Al hijo de la gran perra se la ha roto! ¡Escuché un *crack*! Nadie me engaña. Por Dios, el sabor es inconfundible. A pesar de no ver, lo sé, estoy sangrado por montón. Trataste de quitar un tronco de raíz, sin saber que este iba a dar una guerra sin cuartel.

¿Dónde están tus títulos? ¿Tus diplomas? Aquello que te hizo destacar lo suficiente como para venir hasta este lado del planeta. Mi boca se está hinchando. Maldición, esto es serio.

Escucho breves retazos de diálogo, pero nada que me logre hacer entender lo que sucede allá afuera. Es cuando más intento concentrarme en mover una pieza cualquiera de mi organismo. Así tenga que ser que deba ensuciarme la bata de baño, o vomitar hasta la primera pasta de arroz que comí en mi vida, debía hacer algo urgentemente.

Mi cerebro estaba dividido en dos secciones, una muerta de dolor y dormida por anestesia, junto a otra que se enfocaba en no perder los estribos y asegurarme de salir de tal predicamento. Los comandos básicos como *respirar* y *tragar* estaban en perfecto orden, ahora solo faltaba que esos comandos ahora fueran a otra sección, como la mano, donde un simple movimiento me salvaría del dolor.

Mi lengua paseó por cuenta propia, pinchándose con el astillado cráter, catando sangre con la punta de su cuerpo; mis cachetes ya estarían tan abultados como las niñas de los cuentos infantiles. Y el dolor... oh Dios, el dolor. Era como si un caballo diera reiterados puntapiés a mi boca, machacando la carne y rompiendo el hueso. La gente se movía rápido, su diálogo igual, haciendo que entrara en desesperación. Hay un punzar yendo al ritmo de mi corazón dentro de mi boca, y es tan irritante como atormentante. Es como si cada unidad estuviera anexada a un extremo de mi cuerpo, y al retirarla diera un paseo por el festival de dolores más grande de la humanidad. Ningún miembros corporal se salvaba, todo mundo estaba invitado a la fiesta.

Los gritos de la enfermera no ayudaban. Si hubiera estado consciente —bueno, apto para hablar, mejor dicho—, le hubiera gritado que se callara, había un hombre con enormes pérdidas de sangre allí, por lo que tendría que mantener la cordura. Las pinzas volvieron a tomar el fragmento destrozado y jalaron con más fuerzas, como un niño que no aprendió de su error, tras haber golpeado el panal de avispas, y sabiendo que le picarían de nuevo; no importa, debía patear el panal otra vez, con tal, no le iba a dar dolor a él, sino a su perro que tenía la desdicha de estar cerca. Quería estrangular a cualquiera que estuviera alrededor de mí una vez hubiera recobrado el conocimiento. Cuando se está en estas situaciones te dices que son dolores momentáneos, y que el deseo de sangre ajena es solo pasajero; algo de momento. Pero no me sentía así. Me sentía como si me hubieran matado a un ser querido, y exigía una venganza sin importar cuánto tiempo hubiese de por medio. Quería arrancarles las dentaduras a todos los presentes, a ver si así se atrevían a cometer otro desliz... si es que salía de ese trance; la sangre comenzaba a emanar a través de pequeños chorros, en comunión harto cómica como espantosa. Supe que al doctor le cayó un hilillo inconsciente de sangre en las gafas por sus precipitados movimientos a mi lado. Venganza, imbécil.

Pero no tenía ganas de reír, en mi mente solo había espacio para el martirio sensitivo. Y aquello que aún faltaba daba para hacer una película de terror desde la grabación realizada en una pequeña sala, con un

doctor loco y un paciente con muy mala suerte en la vida. Podría considerarme ya un vampiro por tanta sangre que había acumulado en mi estómago, pero la luz incandescente de la mesa me recordaba que estaba lejos de morir por exposición al sol. Llegó un punto donde recapitulé toda mi vida, temiendo que ese sea el preámbulo para ver una luz blanca al final del túnel. Repasé una vez más todas las miserias que tuve que sufrir para llegar hasta allí. Cómo una persona buena había nacido con un problema tan malo, que no era como amputar un brazo, o quitar un ojo del rostro, sino que era romper hueso debajo de la carne y sellar antes de que se infectara (algo casi seguro, considerando que la boca humana está podrida), me preguntaba cómo era que algunas personas *malas* tienen tanta suerte en la vida. Ahora no creía tanto en Dios, sino en el poder del Diablo, en su poder de maldecir a algunos, de hacer la vida miserable a sujetos al azar. Yo fui uno de los proyectos cómicos del ángel caído. El verdadero villano no era yo, era mi boca, el Diablo en ella, el Diablo en no-sé-cuántas-piezas dentales que se juntaban y enlazaban y entrelazaban y arremangaban y embojotaban las unas a las otras para desdicharme la vida, para tener un último golpe final.

Pero apreciaba bastante la vida, de todas maneras. De una forma irónica. No le tenía miedo a morir, pero sí tenía miedo a seguir pasando por este dolor que estaba comenzando a sentirse en mi cerebelo, haciendo estragos en mi movilidad, incluso con la respiración

de por medio. Esto debió ser por las raíces de los suplementarios extraídos, que llegaban hasta las mismas neuronas.

Tuve un lapsus de lucidez y me concentré en un punto, en un mísero punto frente a mis ojos. Ese punto lo tendría que llevar por un recorrido en mi sistema nervioso hasta la punta de mi dedo, aunque era como llevar a una anciana a la carrera de cien metros. Fue cuando el doctor dijo —o al menos entendí— que a la cuenta de tres, iba a arrancar el suplementario quebrado de hace un momento, tras haberlo raspado en los bordes. Debía darme prisa. Con cada segundo que pasaba, me volvía más y más débil a causa de la anestesia.

El recuerdo de cómo se sentía caminar se volvía cada vez más distante; mis piernas pudieran ser amputadas por el frío del salón y ni cuenta me daría. El sonido del raspador crujía con la placa, al más puro estilo de las ferreterías, dejando un mar de raíces vulgares por cortar. Tomó las pinzas y el punto que me haría salir de esa pesadilla sintió un vuelco.

No.

Era ya suficiente.

Estaba cansado, no solo de la operación, sino de la pantomima que me ha tocado sufrir desde que nací. Ojalá todo termine ahora, con la única satisfacción de que este doctor de cuarta fuese a la cárcel por severa mala praxis. No sé cómo lo hizo, pero logró sacar los restos del cráter, provocando que mi garganta se inundara con sangre, la cual me cortaba la respiración. Eso no era bueno. ¿Se habrá enterado de este detalle?

De la nada el punto logró aparecer de nuevo en mi brazo, y con todas las fuerzas que pude conseguir en ese segundo, logré mover la punta del índice izquierdo. Algo que no fue de bastante ayuda para una persona cuyo centro de atención —y de miradas— era en su rostro.

Mi dedo convulsionaba feroz y arduamente, diciendo *mírenme*, pero era un enorme grito al vacío. Con eso, la única recompensa que consiguió fue la de estar al tanto de un nuevo desgarré punzante. A pesar de que no sentía nada, estaba sudando, lo estaba haciendo al mejor estilo olímpico. Llegaría el sueño por fin, vislumbrándose como una luz aparte de aquella que mantenía mis párpados calientes, pero no, era una imagen, producto de la anestesia que ahora atacaba también mi imaginación, el único rincón donde podía escapar lejos de la agonía. Me mostró una persona, de pie frente a mí; la persona era de mi tamaño, con una bata de paciente, larga y verduzca, con ligeras motas rojizas esparcidas meticulosamente por toda su extensión. Era la única criatura en ese mar azabache, que proyectaba una luz para permitirme apreciarla con cada detalle.

Sus manos estaban pálidas, solo superadas por sus rodillas, y de la misma manera en que un hombre realza su estereotipo de macho caza-hembras, me enfoqué en mirar a la figura de abajo hacia arriba, pero el panorama no era nada alentador cuando cerca de sus pies, llegué a notar algunas piedrillas blancuzcas. Veía un ser como cualquier otro, con la particulari-

dad de que carecía en su totalidad de mandíbula. La lengua, un parásito repugnante, salía de la base de su cuello, y en lo que solía ser su paladar aún quedaban algunas *piedrillas* no tan blancuzcas; estaban bañadas de un carmesí que se desprendía de la base del rostro. Los ojos del ser no poseían alma, como si fuese un muñeco de prueba para una retorcida práctica de ortodoncia, aun así lloraba por inercia. *Qué muñeco más condenadamente realista.*

El muñeco era su servidor.

El doctor había hecho todo lo inhumanamente posible para dejarme en el estado más doloroso y deplorable. Fue el victimario que incluso, para el momento de sellar la sentencia, no fue más que un ángel que terminaría la mísera vida de un joven que nació como monstruo, pero ahora se iría con honores a una edad temprana, si la posibilidad de haber podido vivir tanto como hubiera querido; pero bajo esa condición, quién quisiera seguir existiendo.

Como un monstruo desfigurado, herido, moribundo, patético, sangrante, sin fuerza en el cuerpo.

Sé que logré emitir un sonido. Un *gag*. Mi reino por un *gag*. Pero al igual que con el dedo, fue tan ignorado como el niño de la historia del Titanic que leí en cuarto grado. El *gag* creo era resultado de ahogarme con mi propia sangre. No podré hacer más fotografías, ni hacer un libro de relatos que pudiesen expresar la agonía que sentí en vida. No podré ser el nuevo Allan Poe, o el siguiente Joshua Hoffine. Odié mi vida una última vez. A mis padres. A la figura con boca cercenada

vuelta cebiche de mí mismo, que ahora trataba de sonreír inútilmente, con lágrimas en los ojos —sé que en el plano real, donde el dolor está acabando conmigo, también estoy llorando—. Al doctor hijo de perra lo veré allá abajo, y que se prepare, porque un *monstruo* lo espera. Y él verá que no hay nada más horrible que un monstruo sin mandíbula tratando de sonreír.

—¿Hora de defunción? —preguntó el doctor envuelto en lágrimas a su traductor.

—02:36, doctor.

—Dígale a la familia que este caso fue extremo, no contábamos con que hubiera tanta sangre; no me dejó ver la pieza que cayó a la garganta. Al principio pensé que era que uno de los suplementarios daba con conexiones al cerebro, aún hay que investigar eso; sería una primera vez.

—¿Y cuántas unidades logró extraer? Seguro la familia querrá saber.

—Dícales que en la bandeja hay veintiocho piezas. Faltaron quince.

La Asamblea

Ya había pasado media hora desde que Arturo Hernández comenzó la espera de su amigo Antonio Simancas. *A las dos nos vemos detrás de la cancha de fútbol para contarte sobre la reunión.* Esas fueron sus palabras exactas, que retumbaban en la cabeza de Arturo desde su llegada a la universidad, a las ocho de la mañana. Cómo se enteró Antonio del interés de Arturo por ese asunto tan peculiar, era un misterio, y le causaba particular asombro puesto que no era un tema el cual compartía con todo el mundo. Arturo podía contar con los dedos de una sola mano con cuántos individuos había hablado sobre ello, y es que no era algo que se suele conversar en un almuerzo, ni siquiera en una charla con el psicólogo. *Así es como obra el destino,* se dijo, mientras sentía el sol cocinando su rostro. No soportó más y buscó sombra.

Estaba detrás de una de las canchas de fútbol, la amarilla, aquella en la que nadie jugaba desde hace tiempo, era el lugar perfecto para que los fumadores de yerba intercambiaran pitillos sin que la seguridad de la universidad los pillara; pero a esa hora estaba completamente solo, y se preguntó si eso estaba previsto por Antonio.

Pasaron otros cinco minutos cuando una fresca brisa hizo apaciguar un poco el ambiente de calor seco tan molesto, y esto pareció ser una carta de presentación para la figura alta y delgada que suponía ser Antonio

Simancas. *Perdón por la tardanza, es que me ha tocado quedar hasta tarde en el taller de música*, se disculpó amablemente Antonio.

Arturo sabía que él era parte de los talleres musicales desde hacía dos años; era una de las pocas cosas que sabía sobre ese individuo. Ni su segundo nombre recordaba, a pesar de que estudiaban juntos. Siempre tuvieron un trato de Hola y Adiós.

—¿Cómo supiste de mi interés por estas cosas? — Arturo comenzó sin rodeos.

—Pues fue sencillo, si te soy sincero —continuó Antonio, sin reparar en que no tuvieron una presentación formal—, pero métodos sobran, eso es lo que decimos.

—Para estar seguro, ¿Esto es serio?

—Es normal que tengas tus dudas, pero créeme cuando te digo que es real, muy *real* —Antonio hizo hincapié en la palabra como si tuviera cierta malicia pícara escondida—. Pero para saber si realmente estás interesado, y no digo que no lo estés, he de hacerte algunas preguntas ¿Puedo?

—Sí, adelante, más bien me sorprendería si no lo hicieses —a Arturo le parecía cómico que, sabiendo de su gran afición por el tema, Antonio aún se estuviera preguntando si quería o no ser parte del grupo.

—De acuerdo. Número uno: ¿Qué buscas o pretendes hacer al ingresar al programa?

—Conocimiento —dijo esto tan rápido que incluso Antonio se sorprendió, era porque Arturo llevaba practicando la respuesta de esa interrogante toda una vida—. Es lo que me ataño desde niño. El saber cosas

que muy pocos saben siempre ha sido mi meta, no divulgaría nada, solo con estar al tanto me conformo.

—¿Y qué te hace pensar que podemos ofrecer eso?

—Eso es algo que ustedes me tendrán que responder.

Antonio notó el comportamiento agresivo de Arturo, era la primera vez que lo veía así. La verdad es que por dentro, Arturo estaba muy nervioso, no quería echar a perder esto, lo venía ensañando en su mente desde hacía años, cada posibilidad y cada escenario pasaban frente a sus ojos, siendo un libreto bastante estricto el que tenía que ensayar.

—Interesante. La verdad es que, basado en lo que me respondes, el programa puede ser de suma ayuda para ti. Segunda pregunta, ¿Consideras que el fin justifica los medios? Esto es algo un poco más serio.

—No he sido un gran fanático de Maquiavelo, pero sí, sí lo creo —Arturo no creía esto, pero iba a hacer lo que sea para entrar al programa, y consideró que esta pregunta iba a ser resbaladiza.

—Excelente —Arturo suspiró, como si hubiera pasado un examen para el cual no había estudiado—.

Entonces, te espero en esta dirección a media noche

—Antonio sacó una pequeña tarjeta de su cartera y se la extendió a Arturo—. ¿Crees que puedas asistir? Habrá buena seguridad.

—Espera, ¿eso significa que pasé?

—Esa parte ya no depende de mí, y creo que lo sabes. ¿Podrás asistir o no?

—Sí, claro, yo tengo auto, no se me hace difícil. Allí estaré.

—Genial, allí nos veremos —el joven delgado comenzó su trayecto, hasta que se volvió una silueta pequeña y desapareció de la vista de Arturo.

Quedando en completa soledad de nuevo, miró la dirección de la tarjetilla de cartón. La dirección indicaba un viejo edificio en el centro de la ciudad, y al reverso de esta, tenía un símbolo parecido a una E mayúscula. Desde ese momento, la tarjeta abarcó todo rincón del pensamiento de Arturo por el resto de la jornada.

Ya en su casa, no tenía ánimos de calentar la comida de la cena, solo observaba la tarjeta, pasándola a contraluz para ver si tenía algún mensaje oculto, pero nada, era tan básica como un dibujo de niño chiquito. En su interior saltaba de la alegría; era la primera vez en sus veinticuatro años de vida que hacía contacto directo con una organización secreta, y ese era su sueño desde que había cumplido una década de vida, cuando presencié el choque de unos aviones a unos edificios en los Estados Unidos; toda la gente empezaba a hablar de que los culpables no eran los culpables, y de que los buenos no siempre permanecerían como los buenos. Con ayuda de Internet se ilustró sobre grupos y sectas que controlaban las riendas del mundo en política, economía, religión y educación. No quería estar ingresado en reuniones de alabanza de dioses extraños de varios brazos y con poderes divinos, él quería simplemente un grupo que conociera algo secreto, que le pudieran revelar una información de la que nadie más era conocedora. Así hubiera sido

un simple “¿sabías que los líderes mundiales planean un aumento del salario mínimo en Brasil el próximo año?” estaría conforme.

Pero sabía que el misterio debía estar en ambas partes. No conversaba ni siquiera con sus padres sobre el tema, por temor de que lo tildaran de loco, eso y por el hecho de que esa noche estarían fuera de casa —irían al funeral de un tío abuelo de Arturo, algo que a él lo traía sin cuidado—, lo que le daba total libertad de salir con el auto a altas horas de la noche sin que ellos se enterasen; Arturo no estaba loco, por el contrario, era la persona más cuerda que conocía, y por eso mismo debía permanecer en relativo silencio para que ningún extraño se aprovechara de la situación. Antonio le evocaba confianza por varias razones, algunas de ellas eran que estudiaban juntos y nunca le había conocido malicia, otra que en ningún momento habló con él sobre el asunto, y aun así supo de su interés, eso indicaba una buena participación en una organización secreta.

Las horas se le hicieron días hasta que por fin, arreglado desde las diez, partió a las once a la dirección, llegando con quince minutos de anticipación. Las calles estaban oscuras y vacías, el centro de la ciudad se veía como otro mundo de noche. El edificio que señalaba la dirección era un edificio residencial en medio de las tiendas, en una calle cualquiera, y lo único que destacaba del mismo, eran las luces tenues en uno de los últimos pisos, quizá opacadas por cortinas gruesas.

Se apeó del auto y tocó firme la pequeña puerta del edificio. El aire era ligero y frío esa noche, todo lo contrario del espeso y seco calor del día que azotaba siempre a su ciudad.

Lo recibió una voz que le preguntó, sin saludo de por medio, de parte de quién iba. Arturo dijo que de parte de Antonio Simancas. La voz no contestó, simplemente calló y se escucharon unos pasos gruesos desde el interior. Al rato fueron dos pares de pasos. Se abrió la puerta y la silueta de Antonio se hizo lucir, alta como para tapar la luz cegadora del interior del pasillo.

Antonio recibió jovialmente a Arturo y le invitó a pasar con cierto apuro. Arturo notó que frente a ellos había dos cosas: unas escaleras más que angostas, largas, y un mastodonte de por lo menos ciento veinte kilos, que supuso fue aquel que le preguntó de parte de quién entraba. Subieron las escaleras hasta encontrarse con una recepción parecida a la de los hoteles en revistas elegantes, con alfombras rojas y candelabros brillantes, paredes doradas y adornos de porcelana bastante delicados, que con el batir de unas pestañas podían llegar al suelo. El escenario parecía sacado directamente desde un salón de gala de los años treinta, donde no había rastro alguno de oxígeno, solo humo de cigarrillo. Los nervios de Arturo estaban a mil con cada paso que daba. Unas cuantas personas estaban reunidas en grupillos de tres individuos como máximo, Antonio se unió a uno de ellos, dejando a Arturo solo. Todos en ese grupillo eran señores mayores, con barbas blancas engomadas, y con

trajes bastantes aparatosos, que Arturo pensó costarían una fortuna en comparación con su chaqueta de cuero, atractiva para la universidad, pero vulgar para una reunión entre caballeros.

Se sentó en un banco a examinar a las personas, quienes nunca en su vida había visto, esperando que pronto se volvieran más cercanos. Hablaban en murmullos, quizá intercambiando información que el resto de la ciudad tenía en sus narices, pero era muy inocente como para entenderla. Él no. Él finalmente sería parte del cero uno por ciento. ¿Qué cosas le depararían esa noche?

El sonido de una campanilla destruyó el escenario tan pacífico que había, anunciando el inicio de la tertulia general en el salón principal; Antonio volvió con Arturo, quien estaba con su corazón acelerado; de allí no se separaron. Arturo no pudo evitar preguntar qué sucedería a continuación; el muchacho larguirucho solo le contestó que no se tenía que preocupar por nada, puede que le impresionara un poco lo que ocurriría, pero eso era normal.

—Recuerda: *el fin justifica los medios*. Todos aquí presente tienen esa consigna en claro, y espero que tú también, sin importar qué.

—Sí, claro, los medios, claro.

¿Pero qué *fin* sería exactamente?

Llegaron al salón de gala, donde el número de personas fue impresionante; rondaba más o menos entre las mil caras, y en ese lugar sí pudo reconocer muchísimos rostros. Estaba Felipe, el carnicero, Julio y Car-

lota, dueños del Centro Comercial Asunción, Érica Venáz, una antigua profesora de primaria y siguiendo ese mismo hilo, varios ex compañeros de infancia y liceo. Antonio suspiró, indicando que ese día hubo pocas personas. ¿*Pocas*?

Las paredes parecían estar recubiertas de grandes pergaminos, eso fue lo primero que notó Arturo una vez el montón de gente dejó entreverlas, todos los adornos y estantes en las esquinas también estaban recubiertos de plástico y papel. Bastante extraño, pensó Arturo, quizá era eso lo que opacaba las ventanas desde fuera. Todo lucía como cuando pintabas tu casa y tenías que forrar cada detalle con plástico para no manchar.

Iba a ser una reunión de lo más fructífera, puesto que muchos asistieron con trajes de etiqueta, y los que no, por lo menos una camisa llevaban. Era raro el ver a jóvenes con enormes vasos de champaña coqueteando y charlando con mayores, como si se conocieran de toda una vida, y conocieran tanto de la misma como ellos. Pudo observar a un chico más joven que él dándose unos besos apasionados con una mujer mayor en traje rojo, bien esnob, profiriendo risotadas bastante exageradas. Y no había distinción de ningún tipo, por simple mirada, supo que todos pertenecían a diferentes religiones, razas e ideales políticos, pero eso no evitaba que se rieran y divirtieran como ilustres. Todo ese panorama lo hizo sentir feliz, como si de una reunión familiar se tratase.

Otra vez la campana se hizo escuchar, Antonio dijo

que lo mejor estaba por comenzar. Que la *fiesta* iba a dar inicio.

Un señor bajo, rechoncho, con traje que lo hacía ver más como pingüino que como autoridad, se descubrió de entre el público hasta el centro del salón. Todos hicieron lo propio y formaron un círculo para dejarle saber que efectivamente él iba a ser el anfitrión de esa noche.

—Buenas noches, mis queridos hermanos —todos contestaron la presentación—, estoy más que contento por su asistencia hoy, puede que no hayamos tenido la mayor cantidad de miembros para la noche, pero al menos es una cantidad considerable, teniendo en cuenta que hay algunas caras nuevas en la multitud —más de uno miró a Arturo—. A ustedes, nuevos hermanos, les invitamos cálidamente a nuestra humilde tertulia, donde podrán encontrar las respuestas a las incógnitas que más los han retenido en su vida. Recordemos que toda vida tiene un propósito, por eso, debemos aprovechar la nuestra más que nada. Sin importar cuál sea nuestra mal llamada *clase social*, todos permanecemos como uno, las disputas pueden quedar afuera; adentro, llamamos a la paz y a la prosperidad.

Eso es llegar muy al grano, se dijo Arturo. El señor —quien luego supo se llamaba Ignacio— continuó con un discurso que a cualquiera le pudiera parecer tedioso, a cualquiera menos Arturo, quien indagaba y aceptaba sus palabras sobre amor, unión y fraternidad sin atisbo de dudas. Mientras más palabras decía ese señor, más encantado se sentía el joven, se

decía que por fin había logrado su cometido. El día siguiente dormiría con una sonrisa. Eso era hasta que trajeron a las doncellas.

Tras una charla de casi una hora, el señor Ignacio empezó a hablar acerca de que ya había llegado esa parte del mes en que la asamblea preparaba el *baile de las doncellas*. Arturo le preguntó a Antonio qué significaba eso. Este otro simplemente le dijo que lo siguiente que iba a presenciar, iba a ser fuerte, pero que confiara en él y mantuviera la calma, todo saldría bien.

—Recuerda que el fin siempre valdrá los medios.

Algo dentro de Arturo le dijo que esta vez el tono de Antonio no inspiraba tanta seguridad, pero la sonrisa del muchacho alto nunca desapareció. Al ojear a las demás personas en el enorme salón, vio que todos estaban sonrientes, como si en una sala de cine en medio de una comedia se tratara. *Un sacrificio*, se dijo Arturo; estaría a punto de presenciar un sacrificio. Maldita sea, era perfecto. Era uno de los millones de escenarios hipotéticos que había asomado por años, y ahora la frase de Antonio tenía más sentido. Solo tendría que ver cuál sería el objetivo, pues de ser así tendría que valer la pena. No le estaría vendiendo su alma al diablo ni nada así, y hasta ahora, él no sería parte del supuesto ritual... ¿cierto? Se sentía algo claustrofóbico estando en medio de la marea de gente, pero de alguna forma seguro que él no tendría nada que ver para lo que vendría a continuación.

Al señor Ignacio se le proveyeron unas túnicas parecidas a las de los sacerdotes, pero con diseños un

tanto diferentes, más arcaicos, como si fuera arte antiguo. El vigilante que recibió a Arturo hacía escasos momentos ahora entraba al salón desde una de las puertas contiguas, con lo que parecían ser dos señoritas desnudas. Esto fue algo que golpeó la mente de Arturo con suma fuerza. Eran dos señoritas, más jóvenes que él, completamente desnudas y amarradas con cadenas en muchas partes de su cuerpo, terminando por el cuello, que servía como agarradera para que el vigilante las pudiera movilizar, usaban collares de perro. Una de ellas estaba inmutable, tranquila, sin ápice de perturbación, mirando al suelo. Sus ojos no se podían visualizar por su largo cabello negro que le cubría la cara.

La otra, por el caso contrario, estaba frenética, sus gritos se habían escuchado apenas hubo entrado a la habitación. Trataba de zafarse del control que le imponía tal bloque de carne, pero su esfuerzo era en vano. Un leve “*eh*” se desprendió de la boca de Arturo, pero una mirada fulminante de Antonio le hizo callar. Se acercó al oído del primero y le dijo que pasara lo que pasara, se mantuviera tranquilo. A Arturo estas palabras se le antojaron como un trago de lo más amargo, y dudó si el fin verdaderamente valía los medios. Era fácil el visualizar la idea de un sacrificio, pero el verlo en primera fila, bueno, eso era otro cantar. La segunda chica, guapa como ella sola, seguía en su frenesí. Al contemplar los cuerpos, majestuosos e inmaculados, a cualquiera le hubiera dado un arranque de nervios, pero en esa sala, todos estaban más

concentrados en el acto y no en los materiales, Arturo incluido, quien miraba los cuerpos juveniles con lástima, antes que con lujuria.

—Estas doncellas, puras en todo sentido, como han de saber —comenzó el maestro Ignacio, señalando el pubis frondoso de las damitas, que supuso Arturo jamás fue mancillado, rebajado o más; igual que su cabello o uñas, las cuales parecían limadas, pero jamás cortadas. No tenían maquillaje, cicatrices, pinturas o decoraciones; sus cuerpos eran un lienzo en blanco—, se han ofrecido como llaves para esta reunión, donde planeamos alcanzar la gloria en tierra una vez más —el maestro tuvo que interrumpirse en algunos momentos por el ruido que causaba una de las muchachas—. Y honrando a toda creación divina, procederíamos a escuchar de boca de las doncellas, la historia de sus vidas. Quiero agradecer al señor Pardíl por ofrecer a este hermoso ejemplar, calmo y amaestrado —el señor Pardíl alzó su copa de lo que parecía ser champaña y respondió con una sonrisa enorme.

Señaló a la *doncella silenciosa* y ella contó con horrible detalle que era nada menos que la hija del señor Pardíl, y que fue traída a ese mundo con el motivo de esta única reunión, lo cual hizo que Arturo tuviera piel de gallina. Relató cómo fue su infancia, alegre y armoniosa, muchos de sus amigos estaban en esa reunión, viéndola avergonzada, pero que se sentía contenta de que al menos, ella estaba colaborando con una muy buena causa. En ningún momento sonrió.

La otra chica, cuando se le apuntó para que comenzara su historia, solo gritó improperios para las demás personas; decía que los odiaba a todos a la par en que forcejeaba para salir de las garras del vigilante, quien era un par de cabezas más alto que ella. Pero todo intento fue inútil, y el tanto pelear por su libertad solo le otorgó que la privaran del habla al tapar su boca con cinta de embalaje a petición del señor Ignacio, lo que hizo que el salón entrara en un profundo silencio, solo perturbado por los golpes de los pies de la chica en el suelo; también ordenó que otros dos miembros se colocaran a los lados de la chica agitada para retenerla un poco.

—Es una lástima que tengamos que callar a esta criatura, pero sus palabras pueden suponer un atraso enorme para el motivo de la asamblea.

Lágrimas corrían ahora de la cara de la doncella silenciosa, y luego Arturo supo por qué. Otro miembro con túnicas parecidas al del maestre llegaba con una caja brillante, que en su interior albergaba lo que parecía ser un objeto de oro, una daga o similar. Arturo temió lo que estaba a punto de pasar. ¿Sería en verdad él testigo de un asesinato? ¿Serían *todas* esas personas, testigos de un par de asesinatos? ¿Será esto algo mensual como se dijo antes?

A su alrededor, todo mundo estaba apacible, incluso pudo notar unas sonrisas en rostros que no les importaba el destino de esas doncellas. Y es que no se veía coreografiado. O eran actrices de nivel de Óscars, o en verdad estaba a punto de ocurrir *eso*.

Los forcejeos de la chica nerviosa se volvieron más violentos conforme veía acercarse la daga a su cuerpo. De unos simples toques en su piel brillante y pálida, salieron hilillos finos de sangre. Los gritos internos de desesperación se hicieron más fuertes, al punto de poder quebrantar la garganta de la joven.

Los ojos de Arturo estaban como dos faroles, alertas y expectantes. No sabía cómo podía presenciar todo eso sin hacer alguna escena. Sentía como si una fuerza lo obligara a ver todo con sumo cuidado. La misma fuerza que le dictaba iba a sufrir un destino similar al de las jóvenes si pretendía interrumpir la obra inhumana. Lo que más le llamó la atención fueron los ojos de la chica, que ni siquiera podían cerrarse ante tanta desesperación. Cuando nos golpeamos o cortamos, solemos cerrar los ojos por el dolor inmediato, pero ella no, ella observaba el cielo, implorando piedad en el idioma de la cinta de embalaje.

Ambas chicas fueron alzadas desde sus cadenas en los cuellos, como si de ahorcarlas se tratara, pero a una distancia prudente del suelo, lo suficiente para poder pisar todavía con las puntillas. Según parece, debían quedar vivas para lo siguiente. La doncella silenciosa por reflejos quiso zafarse de la presión en su tráquea, y observó a Arturo, quien era el único miembro de la muchedumbre en tener una cara de absoluto espanto. Acercaron la daga a los cuellos de las doncellas y la sensación que tenía Arturo de ver todo eso se desvaneció por un instante, lo suficiente como para no ver el desastroso ritual.

En la mente de Arturo, solo podía visualizar la oración: *El fin justifica los medios, el fin justifica los medios, el fin justifica los medios, el fin justifica los medios, el fin justifica los medios...*

Este fin *no* justificaba los medios.

—Vas muy bien, amigo —escuchó que le decía Antonio desde al lado, sin él tampoco quitarle la mirada al acto en proceso. Arturo estaba inmóvil.

Hubo un silencio sepulcral en la sala de repente; le tomó un tiempo a Arturo asimilar todo lo que estaba pasando. Abrió los ojos cuando los gritos de desesperación concluyeron, y se escuchaba el estruendo de dos objetos que caían bruscos al piso. Notó cómo yacían dos cuerpos sin vida en el suelo, con grandes charcos de líquido rojo por todas partes. Aquellos que sostuvieron las cadenas de las doncellas ahora apartaban la parte superior de las mismas a otra habitación, dentro de una bolsa. Tomaban las cabezas como cualquier decoración de la casa, y Arturo pensaba en que esas cabezas hace solo unos segundos seguían aferrándose a la vida. Aguantó las ganas de vomitar, agradeciendo no haber visto el rostro de las cabezas cercenadas, el cual en su interior sabía que lo habían captado a él.

—Y ahora, hermanos míos, pongan sus mentes en el modo sacro, sapiente; coloquen en ella cualquier duda que tengan y se les será respondida una vez empiece la danza. Pero es oportuno recordar, e incluso informar para los nuevos en esta experiencia, que la información respondida no puede ser usada para fi-

nes propios. El destino no puede ser alterado, y somos conscientes de eso, por lo que rogamos se abstengan de aprovechar nuestra amabilidad. Se arriesga mucho con estas reuniones, las cuales hacemos para ustedes, espectadores.

A continuación, el señor Ignacio comienza a recitar unas palabras en un idioma que Arturo no logró descifrar. Pero este deja de reparar en palabras por no poder apartar su mirada de los cuerpos inertes en el suelo, o al menos, pensaba él que estaban inertes.

Notó algo que le heló la piel, uno de los dedos del cuerpo sin vida empezó a moverse. Se frotó los ojos y parpadeó rápido para ver si era alguna especie de sueño, he incluso se pellizcó un brazo para cerciorarse, pero el dolor hacía que todo fuese real. Los miembros de los cuerpos degollados poco a poco estaban agitándose, agarrando el vigor que poseían hasta hacía unos segundos. Aguantando las ganas de vomitar, presencié el alzamiento de los cuerpos para comenzar la danza. Una serie de movimientos toscos y erráticos, que perdía la sutileza del ballet, pero de alguna forma más hermosos que los bailes contemporáneos. La mirada de Arturo corría de individuo a individuo y no vio ni una sola turbación en los rostros. No logró entender cómo muchos, a pesar de ser su iniciación en una de las asambleas, podían permanecer tan calmos cuando se veía que por primera vez se tenía registro de cadáveres moviéndose por voluntad propia. Pero *no sería la primera vez* por lo que había escuchado. Este no era la primera reunión, y esta de seguro no iba a ser la única sede.

Las bailarinas comenzaban su camino con una música gastada de recámara proveniente de alguna corneta en algún lado del salón. Arturo no le estaba prestando demasiada atención al dónde provenía la música. Solo quería vomitar, el olor metálico de la sangre empapaba el lugar. Se esforzó en cuerpo y alma para seguir observando, con la visión de que todo valía la pena. A lo mejor las demás personas se mantenían estática era por esa misma razón.

Conforme continuaba la tertulia, las doncellas iban en su danza tocando sigilosamente a los miembros del público, para que acto seguido, ellos cayeran al suelo, en un éxtasis que se podía apreciar en sus rostros. Arturo alcanzó a escuchar de Antonio que despejara su mente, una vez lo tocaran, todas las dudas que tuvieran se iban a resolver. ¿Pero qué iba a preguntar Arturo? ¿Cómo era posible todo eso que estaba pasando? ¿Iba a tratar de sabotear eso? Y si era así, ¿cómo? Sus sueños de la infancia ya estaban hechos añicos. Y si iba a doblegarse para destruir aquello que tanto quiso, ¿valdría la pena?

Un muy pequeño Arturo hizo que a pocos segundos de recibir el toque de las doncellas, se apartara como si fuera por mera inercia; de reojo se veía cómo Antonio se sumergía en la orgía mental. Poco a poco todo el mundo estuvo en el suelo, soñando profundamente. Todos excepto Arturo, el cual quedó petrificado en medio de la nueva alfombra de personas a su alrededor. Solo necesitó de unos cuantos segundos para despejar su mente: partió corriendo a la entrada. Ya

estaba decidido: iba a salir del lugar para contarle a todo el mundo sobre lo ocurrido. No quiso ver a las insipientes criaturas carentes de almas que se movían todavía por el salón. Fueron años y años de teorías, búsquedas, hipótesis, peticiones, investigaciones y visualización enviadas directo a la basura. Su percepción de lo que ocurría le impedía continuar con tal farsa. Lo peor es que al parecer era el único que se mantenía en pie en la sala. Pasó de ser un iniciado a un rebelde, pero ahora solo quedaba preguntarse qué ocurría con los que al igual que él ahora pasaban a la posición de héroe salvador. A juzgar por el hecho de que aún no se exponía esta secta al mundo, era de suponer que: o los cobardes recibían un castigo, o él era la primera excepción. La segunda se le hizo oscuramente imposible.

Sus piernas se movían por sí solas, aunque en algún momento cayó por las escaleras, maldiciéndose. No tenía tiempo para perder, y el solo imaginar que los cuerpos sin vida estuvieran persiguiéndolo, sin cabeza que los guiase, y con sus extremidades moviéndose iracundas por todos los lugares, le hacía temblar hasta el último cabello de cuerpo...

Se sentía en un videojuego de supervivencia, pero el ambiente pesado le empujaba a la realidad, la cual cambió radical hacia solo unos segundos. Una vez conseguido entrar a su auto —no hubo un guardia que lo pillara en la puerta, quizá estaba también entre los tocados— pisó fondo hacia su casa.

Recorrió las calles a una velocidad suicida, sin algún

oficial que lo parase; en eso agradeció a su Dios. Solo podía gritar mentalmente que el fin no justificaba los medios. No justificaba los medios un carajo.

Se apeó del auto casi estando todavía en pleno movimiento. En casa, todas las luces estaban apagadas. Sus padres no regresarían sino hasta el día siguiente (o más tarde, ni siquiera sabía qué hora era). Cerró la puerta principal con cuanta cerradura pudiera; fue hasta su cuarto y encendió su laptop. Buscó información sobre ese culto extraño, usando como referencia algunas oraciones que se habían pronunciado esa noche. Los buscadores no le arrojaron nada. No fue sino hasta que buscó con su celular la imagen de la pequeña tarjeta que se le había dado con la dirección, usando la E mayúscula como referencia, resultando en que no era un simple E.

El buscador arrojó una serie de imágenes similares, pero no fue sino la tercera la que mostraba con suma claridad una similitud pulcra con la referencia en la tarjeta. No había foros o posts al respecto, pero dio con una página de entre miles de resultados con el título y el enlace de entrada (no tenía ningún comentario al respecto. Bien podía hacerse pasar por publicidad basura). Al ingresar le dieron un nombre que después investigó: era algo como *Alas Doradas* en latín o algo así. Y cuando decidió buscar esto, solo una página abarcaba toda la búsqueda. Ingresó a ella y comenzó a cargar. No era la gran cosa, era similar a esa clase de páginas que mandan a hacer en los primeros semestres de programación; un trabajo más bien in-

fantil, con un fondo de nubes en la parte superior; un estilo muy religioso a su parecer. El resto serían solo íconos con E y oraciones en otros idiomas. Cuando encontró el suyo, decía Únete a nosotros, hermano. Nosotros mostramos la respuesta, que era una de las oraciones en latín que sabía se habían mencionado en el acto.

Sus nervios se activaron cuando poco a poco iba bajando en el buscador, que a pesar de no tener muchas cosas interesantes, abarcaba un espacio considerable.

El sonido de su teléfono hizo que gritara bruscamente. Quien llamaba era Antonio.

—Amigo, lo que hiciste no estuvo bien.

—¿Por qué no me dijiste...?

—Recuerda, el fin justifica los medios.

—Y un comino.

—¿Tú crees que si te hubiera dicho la verdad, uno, me hubieras creído, y dos, te hubieras lanzado a esto? Eres el primero que se acobarda; te creía con mejor estabilidad mental. Ahora me castigarán también por esto. Eso no está bien, hermano.

—Estás loco. Todos están locos.

—Tus padres no piensan lo mismo.

—¿Disculpa?

—¿No crees que fue una enorme coincidencia el que ellos no estuvieran en tu casa esa noche?

—Eso no es asunto tuyo —por dentro Arturo estaba temblando cada vez más.

—Ellos tuvieron que asistir a un evento lamentable, lo sé. Extrañaremos al hermano Luis.

Luis era el nombre de su tío abuelo.

—¿Cómo...?

—Estoy seguro que con tus padres al lado, todo hubiera sido más fácil ¿Y es que acaso esto no era lo que querías, Arturo? ¿Las respuestas a todas las incógnitas? Te lo ofrecí y lo negaste, y lamentándolo mucho, no soy el único que está enojado.

Esto era serio. En su mente solo estaba la visión de él en su cama, tratando de concebir que todo eso que pasaba era un sueño. Pero vio que todo era una pesadilla cuando al fondo de la página de la secta, había un marcador, señalando que más de dos mil millones de personas a nivel mundial eran miembros, y la cantidad iba aumentando. Eso sería casi un tercio de la población mundial.

—¿Qué me van a hacer? —dijo con voz entrecortada y lejana—. Puedo volver, ya me arrepentí, no volveré a pasar.

—Lo siento, ya es muy tarde para ello. Aunque no lo creas, las doncellas se fueron sin ningún tipo de dolor, muy diferente a lo que pasarás tú.

—Llamaré mis padres, maldito.

—Logramos que un hombre cediera a su hija para esto, ¿crees que tus padres no harían lo mismo por sus hermanos?

Arturo no lo soportó más. Tenía que actuar rápido. Tiró su teléfono al suelo, rompiéndolo en varios pedazos. Agarró la ropa que pudo junto con cosas para comer en el camino, metiendo todo en un bolso de viaje. Fue hasta su auto, y en mitad del trayecto, escu-

chó que a lo lejos llegaban sonidos de autos dirigiéndose a toda velocidad. Esos eran problemas mayores. Tuvo problemas al arrancar el auto por tanto temblar la mano al momento de meter la llave. Pisó a fondo y en cuestión de segundos, salió de la ciudad, aún con dolor de cabeza, sintiendo una tristeza tan grande que se materializó en forma de lágrimas.

Todo lo que creía conocer era un engaño. Sus padres no chistarían si les mandaban a dar con su paradero, por ende, no podría confiar en nadie. Dejaría todo atrás, pero eso no significaba que ahora estaría seguro. Ese marcador de la página le había dicho que un tercio de la población era parte de ese culto extraño, el cual estaría disperso por todo el mundo: presidentes, alcaldes, reyes, magnates, cuántas personas no estarían envueltas en esa clase de eventos, derramando sangre para propósitos *enormes*. No valía la pena. No quería llegar al conocimiento infinito de esa manera. No, no y no.

Ya el mundo no era un lugar seguro. Pensaba que muchas de las personas que conoció en su vida pudieron estar en dicho culto. Gran parte del planeta estaba siendo controlado por gente psicópata que suponía lograba hacer las cosas más insanas sólo para conseguir unas pepitas de oro. Siempre supo de teorías conspirativas de gente que gobernaba a las espaldas de la mayoría, ¿pero qué pasaba cuando ellos eran *la mayoría*?

Cuáles eventos serían llevados por mera casualidad; qué no es parte del entramado de esta mayoría; si

podían tener acceso a todo el conocimiento, ¿qué garantizaba que se iban a mantener neutrales en tiempos de guerra?

Se tendría que apartar de su familia y amigos en cuestión de días. Hacer una nueva vida sin nada de apoyo y a los golpes, eso era lo que más miedo le daba. Tendría que ser discreto, cambiar su nombre, conseguir dinero con un bajo perfil; era demasiado para asimilar en tan poco tiempo. Era básicamente volver a nacer, y todo por una mala jugada de una noche. En la oscuridad del camino, un corredor estaba envuelto en sus pensamientos, dejándose guiar por la luz de la luna, sin saber que a solo unos kilómetros, una patrulla no muy amigable lo estaría esperando.

Arturo maldecía todo a su paso, aún con lágrimas en los ojos.

La noche se hacía cada vez más oscura, y así fue por mucho tiempo.

Miedo al desconcierto

Estaba sentado en la recepción cuando una explosión hizo que la mitad de mi cuerpo saliera desprendido por encima del escritorio.

Todo fue tan repentino que no me dio oportunidad de reaccionar a la situación, la cual se tornaba bastante engorrosa. No morí de momento, pero el dolor que sentía era de otro mundo, y el no irme al más allá en menos de un segundo fue un tormento que no supe cuánto iba a durar. Tuve el tiempo suficiente como para ponerme a meditar qué fue lo que había pasado, por qué la explosión si en mi ciudad... qué demonios, *en mi país* no ha habido conflictos desde la época de las grandes guerras mundiales, y dudo bastante que algún anarquista se las quisiera dar de listillo lanzando una grana en un hospital.

En un hospital, por el amor de Dios.

El lugar donde se supone ayudamos a los inválidos a volver a caminar, matamos el dolor de estómago y damos cremas para esas intensas comezones. Ahora recibíamos un impacto que de seguro iba a causar más heridos, y los que de por sí estuvieran heridos, iban a estar rostizados. Ya era muy tarde para mí y para mi escritorio.

Había leído sobre el rigor mortis anteriormente, y era cuestión de tiempo antes de que llegara a mi cerebro; mientras, lucía mi mejor cara de tonto moribundo. No gritaba, puesto que sería un grito al vacío, y no

ayudaba a desplazar heridos porque la otra mitad de mi cuerpo yacía debajo del escritorio. Oh, la ironía.

Mi parte baja, donde se supone debía estar mi estómago, estaba húmeda y viscosa, aún sin palmarla, era como una gelatina que poco a poco se derretía por el calor del ambiente. Y hablando de calor, en el aire se podían respirar los maravillosos cincuenta grados que hacían que te quisieras quitar el suéter o la bata de enfermero, pero para mí, esas batas habían estado en una zona muy lejos de mi alcance.

Había estudiado medicina por dos años antes de retirarme por darme cuenta que no era lo mío. El estrés constante es algo que se supone los doctores deben tener que soportar, pero en mi caso fue demasiado como para llevarlo en las espaldas. Envidié a aquellos que se quedaron en mi antiguo salón de clases, los envidié y los respeté hasta el momento de su graduación, cuando me pidieron que me tomara una foto con ellos *in memoriam*.

Al ver que no podía continuar con la carrera, no me desanimé del hecho de ayudar a otras personas, mucho menos de trabajar en un hospital, así que por medio de algunos contactos, me dispuse a trabajar como recepcionista, un puesto no tan bien visto para un hombre en comparación a una mujer, —el hospital estaba teniendo nuevas y más flexibles políticas sobre la igualdad de género, así que ¡todos a bordo!— pero de ser ese el caso, habrían un par de senos explotados en el suelo en vez de un pecho bien definido en este momento. Y sería más difícil de limpiar.

Estoy seguro que la gente comentaba sobre eso; sobre el recepcionista de la planta dos, que al rendirse, tuvo que llevar su trasero al escaño más bajo. Pero eso no me molestaba, solo me importaba recibir las llamadas y atender a las personas lo mejor que se pudiera, es decir, para eso estaba, ¿no?

Mi visión se hacía más borrosa, teniendo como único paisaje el final del pasillo, de donde salían algunas personas gritando por la explosión, corriendo para ponerse en un lugar seguro, ignorando al cadáver que reposaba en sus pies. Al dejar de ignorarme, el panorama no fue más alentador, puesto que ganaba sus miradas de espanto. Uno de ellos incluso se resbaló con mi sangre; eso me dio risa. Pero otro pisó mi intestino, eso no fue gracioso, fue tan doloroso como si la punta de un tacón se posara violentamente sobre el dedo gordo del pie, dejándolo abultado y en el peor de los casos, sin uña. Ah, pero para sentir dolor todavía estaba relativamente vivo. Muy bonito...

Ahora mis pies estaban chamuscados debajo del escritorio, y usé mis fuerzas para comprobar algunos mitos que se escuchaban en libros de terror o de las series de televisión que ven los jóvenes de hoy día. Traté de sentir la otra parte de mi cuerpo, en una suerte de telepatía adquirida. *Una vez te amputan una mano, eres capaz de moverla con la mente, de la misma manera en que sientes cosquillas en ese espacio vacío e invisible.* Qué absurda mentira; y lo peor es que lo sabía, aun así intenté con nada de fuerzas que me quedaban el moverme sin éxito. Me sentí un idiota, el más grande

del planeta entero. No podía ni mover mis dedos que todavía seguían conectados a mi cerebro, menos podría con los pies que estoy viendo a la distancia. Aun así, lindos zapatos, tigre.

La gente seguía gritando y corriendo despavorida. Vi a Emily, una de las niñas del pabellón de cáncer ir agarrada de la mano de la doctora Estraba, una de las más bonitas de todo el hospital, hasta que le conocías al esposo. Ella —la niña— me miró de una manera en que era mejor morirme antes que presenciar eso: la mirada de un niño al ver tal impacto como un cadáver —o medio cadáver, en este caso— con la mirada vacía, y peor cuando era el cadáver de alguien que conocía.

Muy pronto llegarían las preguntas incómodas y rompedoras de corazón como: ¿qué fue lo que le pasó? O, ¿así estaré yo cuando muera? Era un alivio no ser quien le fuese a responder las incógnitas. Yo mismo estaba a punto de respondérmelas.

Otro ruido se hizo escuchar en la otra planta del hospital. ¿Pero qué carajos está pasando aquí? Dije. ¿Qué demonios tuvo que pasar para que un hospital fuera asediado por granadas o cócteles molotov? No lo sabía, y más que el dolor de estar muriendo, tenía dolor de quedar con la duda. Saber que iba a morir antes de siquiera poder entender lo que estaba pasando —el motivo de mi muerte— hacía que mi mente dejara de trabajar en recrear los momentos más felices de mi infancia y reemplazara la acción con signos de interrogación por todo el lugar.

Sería quizá que llegamos a atender a alguien que no debía ser atendido. Por las noches, no era nada inusual encontrarnos con víctimas de balaceras y encuentros de pandillas. Una vez incluso nos topamos con un hombre cuya espalda estaba tatuada con perfecta caligrafía antigua: *páguese lo que se debe*, como si lo hubieran escrito con un cuchillo caliente para cauterizar las heridas, con sangre seca haciendo que el escrito tuviera un relieve fino. Era un grupo delictivo con el que se debía tener cuidado, y todos —en especial el herido— lo teníamos claro. De ese momento a acá habían pasado por lo menos unos tres años, y no recibimos más percances como esos.

De ser así, seguía la incógnita. ¿Una guerra? No, lo hubieran mencionado en la noticias desde hacía mucho tiempo, con los noticieros, en especial los locales, cubriendo cada mísero detalle de cada muerte. Pero había visto en la mañana los titulares y lo más impresionante que hubo fue que el presidente de Italia había hablado con el Papa por millonésima vez para lanzar un mensaje de paz al mundo. Fuera de eso, todo era tan especial como un helado de vainilla.

Quería estar despierto —o lúcido, o vivo, o como sea que se diga en mi posición— al menos un poco más para por lo menos saber qué ocurría. Quería que la información se corriera por boca de algún transeúnte aterrado. Pero no fue así. Todos corrían en toda dirección casi sin darse cuenta que un tercer y cuarto disparo masivo estaba sonando en la lejanía.

Quizá fuera algún grupo de jóvenes que encontraron

una caja de granadas del abuelo en casa de alguno de ellos, decidiendo romper con las barreras morales que cubrían sus neuronas para atacar, sin miedo a nada, a un recinto tan sagrado como el lugar que se preocupa por el bienestar social. Esa imagen me dio más asco que pensar que el calor iba a secar mi sangre, interior y exterior, en cuestión de segundos, volviéndome parte del paisaje natural del caos, tal y como las fotografías de guerra de las revistas *aptas para todo público*. Estaba a punto de volverme una estadística más.

—Trae todas las camillas que puedas —agucé el oído—, hay que llevar a todos los recién nacidos que podamos de una sola vez, este lugar es un puto campo de guerra.

Conocía esa voz, era del doctor Castro, uno de los más populares del hospital, y uno de los que más yo odiaba. Era la clase de persona que se vanagloriaba de aquello que hacía, y si a eso le sumamos el hecho de ser doctor certificado, teníamos la fórmula perfecta para crear a un presumido extremo. Usaba su encanto para obtener cosas gratis y los números de otras doctoras, sin jamás ser reportado o amonestado por estas prácticas (porque recuerden, no es acoso si mides uno ochenta y dos, tienes músculos hasta en la bata y conduces un 4x4 hasta para ir a la esquina a comprar manzanas); en fin, el tipo vivía la buena vida, no como aquel con el que estudió, que se retiró durante el quinto semestre de la carrera para seguir sus sueños de atender llamadas y auxiliar a exagera-

dos dándoles una pastilla para el dolor de cabeza. Si hubiera estado en su posición, no hubiera terminado como un juguete de niño revoltoso, con la mitad de plástico bajo el escritorio de los papás.

Pues así era la vida. Aquel con el rictus perfectamente definido y que hacía su trabajo endemoniadamente bien —porque a fin de cuentas, el sujeto se ganó la fama por algo— estaba ayudando, en pose aún más caritativa al pabellón de maternidad, mientras que el recepcionista había terminado como carne molida. Ese es el trabajo de los extras del cine, morir mientras el héroe salva el día, hacerlo quedar bien, mostrar que no todo es diversión en la vida, que uno puede morir, y de hecho, así es. Somos una parte necesaria del mundo, somos aquellos que hacen grandes a los grandes, sin importar cuánto tengamos que sufrir: la cámara los captará a ellos. ¿Y cuándo se toman la molestia de contar nuestra historia? Quizá tengamos una o dos cositas interesantes por decir. Cada vez que vean a un extra morir en una película, recuerden que tuvo una vida antes, por favor. Que no se les olvide cuando vayan al cine el viernes.

Pero la forma en que se desenvolvía toda la trama, dejando la incógnita para el espectador —en este caso, el extra: *moi*—, era una cruel forma de jugar a las marionetas, y tenía ganas de decirle al titiritero, en este caso a Dios, supongo, que esto no era más que un chiste muy malo. Muy muy malo.

El polvo que alguna vez fue parte de las paredes se desprendía tanto que me ofuscaba la visión. Entraba

a mis ojos dando un escozor horrible, pero cuando estás a medio camino del paraíso, todo se te hace tan superfluo y tan olvidable. Vaya lamento.

No había reparado en ello, pero Harry, mi husky que dejé en casa esta mañana, iba a pasarla muy mal si es que nadie lo atendía para darle su comida de las seis y cuarto. Se ponía ansioso si no tenía su trozo de carne compactada a la hora (con olor a rata muerta para mí, pero a bistec de doscientos euros para él). Rasgaría la puerta, gemiría y eventualmente ladraría hasta llamar la atención del vecino, quien al no poseer llave de la puerta, solo se limitará a quejar, solo para que el perro haga caso omiso, llame a la policía, derrumben la puerta y encuentren el cadáver de un chucho que lo único que quería era carne de rata. O si tiene suerte, Harry encontraría alguna lagartija rep-tante en el sueño y la engulliría como yo lo hago con las barritas energéticas de la máquina expendedora del hospital. Me gustaban como en el comercial, *si es de banana, una a la mañana, y si fresa es el sabor, pues muchísimo mejor*. No puedo creer que ese jingle sea de mis últimos pensamientos; no era lo que yo tenía en mente cuando pensaba en “ver toda tu vida pasar a través de tus ojos”.

Los últimos flashes me hacían producir unos últimos pensamientos: no sabré quien era el villano en mi serie favorita, cuál sería el próximo equipo en ganar la copa mundial, quién iba a ser la mujer de mis sueños o a qué rayos sabían los melones. Hubiera sido lindo descubrirlo por el camino.

No enmendé cosas con mis padres, no pude viajar a Francia, a Disneylandia solo la conocí por fotos, no sabré quién asistirá a mi funeral, o siquiera si tendré uno. Hay tantas preguntas que me hace sentir que ya quiero pasar al otro lado para terminar con este sufrimiento.

Era una buena vida que merecía ser vivida. Pero ahora todo acababa sumido en la oscuridad; me sentía más débil y no podía articular bien los pensamientos, quería aguantar para saber qué ocurría, pero nada. Tenía ganas de estar sentado detrás de una ambulancia viendo las noticias para estar enterado, y que todo hubiera sido una pesadilla a la mañana siguiente. Solo fui un mero ser que no cumplió con todo lo que se propuso en vida, dejando un perro abandonado, padres tristes, una pareja imaginaria sollozando y un desconcertado cadáver que se preguntaba por qué carajos tuvo que morir. Con mi última fuerza de vida, logré al menos cerrar mis ojos y articular una sonrisa, el único lujo que me pude dar antes de irme. Dudo, luego muero.

Contenido

Antesala	5
Algo	7
Visión de Marcus Cassidy en la silla eléctrica	19
Velocidad	39
La caminata	69
Hyperdontia	79
La Asamblea	109
Miedo al desconcierto	133

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 29 días del mes de junio de 2023, el mismo día pero de 1941 en que murió el pintor zuliano Manuel Puchi Fonseca.